

OLIVIA KISS

Besos #2

*La  
distancia  
entre dos besos*



# La distancia entre dos besos

Besos #2

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregandoselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?

# Indice

Indice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

Amber quiso gritar de frustración cuando escuchó que su hermano soltaba un suspiro largo y daba un paso hacia atrás alejándose del capó abierto del coche. Él negó con la cabeza, cruzado de brazos y con una arruga surcando su frente.

—No entiendo qué es lo que le pasa.

—¿Estás seguro? Vuelve a mirarlo.

—Amber, es la tercera vez que lo hago y no veo nada raro que provoque que el coche se caliente —explicó su hermano James tras bajar el capó con el brazo y cerrarlo—. Lo siento. Tendrás que ir al mecánico del pueblo, no será para tanto ¿no?

*Casi como quitarme los ojos con una cucharita de café*, pensó. Y luego se corrigió a sí misma en lo referente a los ojos porque lo cierto era que, Ezra, el único mecánico de Sound River, era un imbécil de primera, sí, pero no podía negarse que alegrase la vista de cualquiera. Amber hubiese pagado a cambio de que fuese un hombre sudoroso y poco atractivo, pero, en cambio, tendría que enfrentarse a él, con su interesante rostro y sus increíbles ojos azules.

La cuestión era que Ezra la odiaba.

¿Por qué? Pues porque una mañana de otoño, cuando ella salía de la cafetería que siempre frecuentaba con sus amigas y que estaba enfrente del taller, había tropezado y le había tirado encima el café con leche tamaño gigante que llevaba en la mano. Desde entonces, él le había hecho la cruz. Hasta el punto de que, unas semanas atrás, en la puerta de esa misma cafetería cuando ella le pidió explicaciones por la cara de malas pulgas que le dedicaba cada vez que se cruzaban, él había decidido pagarle con la misma moneda y recrear el episodio en el que se habían conocido, esa vez con ella en el papel de *chica que recibe un chorro de café en la cabeza*. La experiencia no había sido agradable, no, y Amber temblaba de rabia solo de pensar en Ezra, algo que, remontándonos al punto de partida, significaba que era un problema que el único que la pudiese ayudar a arreglar su coche fuese precisamente el tipo que más parecía detestarla.

—Está bien. Si no hay más remedio, lo llevaré —dijo resignada.

—No tardes. —James alzó una ceja en alto—. Me preocupa que vayas con ese trasto en malas condiciones, ¿quién sabe lo que podría ocurrir?

—No exageres —concluyó mientras los dos se dirigían hacia el rancho por el sendero que conducía hasta la entrada. Al llegar, se despidieron en el pasillo cuando James dijo que iría a darse una ducha y Amber entró en la cocina y buscó algo para picar.

Ella siempre tenía un hambre voraz. Por suerte, era de constitución delgada y, además, una persona muy nerviosa que no solía parar quieta casi nunca; gracias a eso, seguía manteniéndose en forma. Ese día, tras abrir varios armarios y no encontrar nada interesante, puso un par de tostadas a calentar y sacó un bote de mermelada de fresa casera antes de sentarse en la mesa de la cocina.

Katie entró en la estancia. Junto a Hollie, era su mejor amiga y un apoyo incondicional. Las tres se habían conocido siendo unas niñas y, llegados a aquel punto, no tenían secretos entre ellas. Como la confianza daba *asco*, Amber ni se inmutó cuando Katie le quitó una de sus tostadas y se sentó en la mesa a su lado. La señaló con la cabeza.

—Tu maravilloso novio no ha encontrado el problema del coche —se quejó Amber—. Ten hermanos para esto.

Katie sonrió y se untó la tostada con mermelada.

—Bueno, no puede ser perfecto en todo.

—¿Qué insinúas? —preguntó Amber.

—Que ya es perfecto en muchas otras... cosas.

—Oh, ¡por favor! ¡Es mi hermano! Nada de detalles sobre lo que sea que hacéis en el dormitorio todas las noches. Suficiente tengo con vivir bajo el mismo techo que vosotros.

—No digas tonterías —dijo Katie.

—No lo son. Algún día tendré que mudarme.

—¡Eso no es cierto! El rancho es de los dos y no tienes que irte a ninguna parte.

Amber lo sabía. Antes de morir, su padre, les había dejado a ella y a su hermano el rancho de la familia Faith en igualdad de condiciones. A día de hoy, James se ocupaba del ganado y de las tareas externas, y ella llevaba las cuentas y la parte administrativa. Sin embargo, desde que la

relación entre James y Katie se había consolidado y ella se había mudado allí, Amber no dejaba de pensar en que, algún día, tendría que irse. Y no por ellos, que probablemente no la dejarían escapar jamás, teniendo en cuenta que él la adoraba y que Katie era una de sus mejores amigas, sino por ella misma. De repente, Amber había empezado a pensar en la posibilidad de tener su propia familia y su propia casa; poder decorarla a su gusto, marcar sus normas, pasearse a sus anchas vestida con una camiseta y ropa interior o darse un baño de espuma con la puerta del servicio abierta de par en par para poder escuchar mientras la música que sonaría desde la habitación de al lado. Lo cierto era que, verlos a ellos, tan acaramelados y felices, había despertado en Amber esos deseos que nunca antes se había planteado.

¿El problema? No había chico. Ningún chico.

Aunque, por otra parte, bien podría mudarse sola.

Por alguna razón, desde niña, siempre se había imaginado a sí misma haciéndolo cuando encontrase al hombre de su vida y, entre ambos, buscasen una propiedad que fuese al gusto de los dos. Desde hacía unos años, ese ideal de película se iba convirtiendo en una escena menos clara. Para empezar, porque en Sound River, el pequeño pueblo donde había nacido y en el que seguía viviendo, no existían tíos que valiesen la pena.

—Tendré que ir al taller ahora luego —dijo con un suspiro.

—¿Al de Ezra? Te deseo suerte —bromeó Katie, pero, en realidad, lo decía completamente en serio. Ahogó una risita antes de darle un mordisco a su tostada.

## 2

Sorprendido, Ezra alzó la cabeza cuando vio el coche que entraba en su taller y, aún más importante, a la chica que lo conducía. Amber Faith.

Frunció el ceño de inmediato y se limpió las manos con un trapo antes de animarse a ir a su encuentro. Ella bajó del coche y cerró la puerta con un golpe seco. Los dos se miraron en silencio unos segundos hasta que Amber se atrevió a romper la tensión del momento.

—Mi coche se calienta —se limitó a decir.

—Qué bien. Enhorabuena.

—Necesito que lo arregles.

Ezra le mostró una sonrisa pretenciosa y se apoyó en el capó de otro coche que tenía en el taller. La miró de los pies a la cabeza. El verano había llegado a Sound River y ella vestía unos pantalones cortos y un top con escote de corazón y de color rojo que hacía juego con las sandalias llenas de piedrecitas. Él torció el gesto.

—Prueba a cambiar el tono mientras me lo voy pensando.

—¿Qué tono? —replicó impaciente.

—Ese *necesito que lo arregles* como si trabajase para ti.

—Trabajas para mí. Pienso pagarte —matizó.

Él alzó una ceja y se cruzó de brazos. Cuando lo hizo, Amber intentó en vano no fijarse en la piel bronceada y en la camiseta negra de tirantes que vestía y se ajustaba a su torso, revelando que estaba más en forma de lo que ella deseaba admitir.

—Te estás equivocando. Este es mi taller, así que yo decido qué trabajo acepto. Dame una buena razón para no pedirte que te largues por dónde has venido.

—¿Ser un buen mecánico? Por ejemplo.

—No me convence. Prueba otra más.

—¿No comportarte como un idiota?

—Estás perdiendo puntos, cariño.

—Vale, ¿sabes qué? Tú ganas. Adiós.

Ezra la miró divertido y avanzó hasta ella para cogerla de la muñeca antes de que pudiese subir al coche. La soltó de inmediato. ¿Qué había sido eso? Casi podía ver las chispas saltando a su alrededor y no le gustaba, no, no le gustaba en absoluto...

—Déjame echarle un vistazo —dijo secamente.

—De acuerdo, si insistes... —Ella sonrió.

Él abrió el capó del vehículo y lo observó con detenimiento mientras ella seguía parada a su lado. Encendió el vehículo un par de veces y revisó algunos cables.

—Vuelve a contarme lo que le ocurre.

—Se calienta —repitió Amber—. Y cuando eso pasa, se para de repente. Me ocurre cada dos o tres días; voy conduciendo y, *pum*, deja de funcionar.

Ezra la miró por encima del hombro.

—¿Y luego arranca otra vez?

—Sí. Dejo pasar unos minutos para que se enfríe y vuelvo a encenderlo.

—¿El indicador de la temperatura te avisa?

—Veo cómo sube la aguja, sí.

Él alzó los brazos y bajó el capó del coche para cerrarlo. Volvió a limpiarse las manos y se giró con lentitud hacia ella, que seguía parada en medio del taller.

—Lo arreglaré. Dame una semana.

Amber pestañeó varias veces, confundida.

—¿¡Una semana!? ¡Necesito el coche!

Ezra señaló el taller con la cabeza.

—Cariño, sé que crees que eres muy especial, pero como puedes ver hay otros clientes que llegaron antes que tú y yo solo tengo dos manos. —Su mirada se volvió de repente intensa y pícaro—. Sé usarlas muy bien, pero no hago milagros.

—Cuatro días —negoció.

—No. Tendrás que respetar el turno.

Amber apretó los puños y notó cómo se le disparaban las pulsaciones por culpa de los nervios. Podía ver en la mirada de él que la estaba retando y que, aunque era cierto que había

más coches en el taller, probablemente podría hacerlo antes; sus ojos azules y llenos de diversión le decían que estaba disfrutando del momento y, por alguna razón, a ella le sacaba de quicio él y esa costumbre de ir por ahí con actitud de *perdonavidas*, como si el mundo estuviese a sus pies y tuviese derecho a odiarla sin razones.

Por eso, terminó negando con la cabeza.

—No te preocupes. Ya encontraré a alguien que sepa usar las manos aún mejor y más rápido que tú —se burló haciendo alusión a su comentario, que había sonado como una provocación—. Gracias por tu tiempo.

—Créeme que te hago un favor cuando te digo que te estás equivocando.

—¿Puedes devolverme las llaves? —pidió.

—Claro. —Se las dio y luego le abrió la puerta del coche con una expresión burlona como si fuese un perfecto caballero. Ella lo ignoró y subió al vehículo—. Suerte.

—¡Lo mismo te digo! ¡Ups, no! Miento.

Y escuchando de fondo la carcajada que él soltó, dio marcha atrás a toda velocidad y salió de allí como si estuviese a punto de apuntarse a una carrera ilegal de coches, pisando a fondo el acelerador.

Enfadada por el resultado de aquel encuentro, tomó una decisión y, tras subir el volumen de la radio al máximo, salió de Sound River y condujo por la carretera con la intención de llegar hasta el pueblo vecino, que estaba a una media hora de distancia. El paisaje boscoso la acompañó hasta que llegó a su destino.

Se había propuesto preguntar en los tres talleres que había allí y tenía la esperanza de conseguir que alguno de ellos quisiese arreglarle el coche ese mismo día, así aprovecharía el rato que tuviese que dejarlo con el mecánico para acercarse a comer algo y a visitar las tiendas de ropa que había, por si encontraba alguna ganga.

Por desgracia, ninguno parecía dispuesto a satisfacerla.

Todos le dijeron que necesitarían al menos un par de días para evaluar el coche. Y, claro, ella no podía dejarlo allí porque no tenía cómo volver a Sound River. Intentó convencer a uno de ellos que no dejaba de mirarle las piernas, pero el chico no cedió porque le dijo que era

imposible averiguar en solo unas horas qué le ocurría sin hacer las pruebas pertinentes para descartar los problemas más comunes.

Estaba siendo un día horrible.

Además, hacía mucho calor.

Cuando volvió a montar en el coche, bajó las ventanillas y puso rumbo de nuevo hacia su casa. Había perdido todo el día y todavía no había solucionado el problema. Suspiró con fuerza y con las manos en el volante. Estaba planteándose qué hacer o qué decir cuando regresase al taller de Ezra, cuando el coche se paró de repente.

—¡Mierda! ¡Mierda, mierda!

Amber consiguió apartarse a un lado al notar la ausencia del ruido del motor y se quedó en la cuneta de la carretera, al lado de los árboles que delimitaban el inicio del bosque. Apoyó la cabeza en el asiento mascullando algunos improperios por lo bajo y, cuando pasaron unos minutos, volvió a girar la llave dispuesta a marcharse de allí.

Nada. No arrancó. No se encendió.

—¡Vamos! ¡No te mueras ahora! —pidió desesperada dándole la vuelta a la llave de nuevo, aunque fue inútil—. ¡Maldita sea! —gritó golpeando el volante.

Tras calmarse durante unos segundos y valorar la situación en la que se encontraba, parada en medio de la nada y de una carretera que tan solo servía para comunicar los dos pueblos y no era precisamente muy transitada, buscó su teléfono móvil en el bolso.

**Estaba apagado. Sin batería.**

*Estoy bien jodida, pensó.*

### 3

Estaba conduciendo cuando se fijó en el coche que estaba parado en el arcén y aminoró la velocidad hasta terminar frenando a su lado. *Vaya, vaya, el karma existía al final*, se dijo mientras bajaba y caminaba hacia ella que, al verlo, intentó esconderse de él hundiéndose en su asiento. Ezra golpeó la ventanilla con los nudillos. Ella la bajó y le dirigió una mirada afilada.

—¿Pasando el rato? —preguntó.

—Sí, aquí, descansando —replicó orgullosa.

—Qué bien. Pues nada, te dejo que sigas a lo tuyo. —Se despidió sonriente y giró sobre sus talones hasta que escuchó cómo ella lo llamaba y frenó en seco.

—¡Espera! Me preguntaba... me preguntaba si podrías dejarme tu móvil para hacer una llamada... —dijo en voz baja.

—¿Mi móvil? —Se cruzó de brazos.

—Sí, solo será un segundito de nada.

—No tengo tarifa plana —mintió.

—Te pagaré. Lo que me pidas.

—Doscientos dólares. —Sonrió.

—¿Qué pasa contigo? ¿Estás loco?

—No, solo es una cuestión de oferta y demanda. Yo tengo un móvil, tú estás desesperada por hacer una llamada porque te has quedado tirada —ladeó la cabeza—. Perdona, quería decir que *estás descansando tirada en una cuneta*.

Amber bajó del coche tras forcejear con la puerta.

—¿Por qué eres así de idiota conmigo?

—¿Yo? —La miró ceñudo—. Cariño, te recuerdo que estaba dispuesto a arreglarte el coche y te marchaste porque te pedí que esperases tu turno.

—¡Sabes que no era un turno de una semana!

—Intentaba no pillarme los dedos. Trabajo así.

Se retaron con la mirada, parados en medio de la nada. Ella se estremeció al darse cuenta de lo brillantes que eran sus ojos azules bajo el sol y al final tuvo que apartar la vista porque era incapaz de centrarse cuando lo tenía tan cerca.

—No invadas mi espacio personal —dijo.

—¿Acaso te pongo nerviosa? —replicó él.

—¿Nerviosa? ¿Tú a mí? Ni en un millón de años —sentenció y, para demostrárselo, dio un paso al frente hasta que apenas quedó espacio entre ellos.

Él no se movió, pero se inclinó un poco mostrándole una sonrisa seductora y, al ver esa expresión, Amber dio un saltito y tropezó. Ezra la cogió con rapidez e impidió que terminase en el suelo. Soltó una carcajada antes de soltarla.

—Sigue intentándolo. Lo de no ponerte nerviosa, digo.

—Tienes el ego muy subido, ¿no te lo ha dicho nadie?

—No lo sé, tengo memoria selectiva —contestó.

Amber dejó de discutir con él cuando distinguió a lo lejos un coche rojo que se acercaba. Con el corazón vibrando de alegría, corrió hacia el extremo de la carretera y alzó una mano en alto moviéndola de lado a lado y rezando para que parase. Efectivamente, lo hizo. El coche frenó a su lado y un tipo de aspecto rudo bajó la ventanilla y la miró de los pies a la cabeza, deteniéndose un buen rato en hacerlo.

—¿Necesitas que te lleve, guapa?

—Sí, sí. Muchas gracias.

—Monta —le dijo resuelto.

Amber sonrió satisfecha, pero antes de que pudiese dar un paso adelante, la mano de Ezra la rodeó por la cintura y tiró de ella hacia atrás.

—Tú no vas a ninguna parte —le susurró.

—¿Quién demonios te has creído que eres? ¡Suéltame!

El hombre que estaba dentro del coche rojo salió y se dirigió hacia ellos con cara de malas pulgas. Llevaba una camisa de color caqui manchada y olía a alcohol.

—La chica ha dicho que viene.

—Ya. Y yo digo que no —repitió Ezra.

—¿Quieres que te explique cómo hacemos las cosas en Texas, muchacho? Porque te aseguro que tienes todas las de perder. —Se acercó a él con paso amenazante y los puños en alto, pero antes de que pudiese siquiera rozarle, Ezra lo cogió con una llave y consiguió mantenerlo sujeto—. ¡Quítame las manos de encima!

Ezra habló cerca de su oído y su voz sonó fría y decidida.

—Lo voy a hacer y, cuando eso ocurra, quiero que montes en el coche y te marches sin mirar atrás. O te juro que te arrepentirás.

En cuanto lo liberó, y a pesar de las protestas de Amber, el hombre hizo exactamente lo que le había ordenado. El coche pronto desapareció a lo lejos y se perdió de vista. Ezra se giró hacia Amber, todavía alterado y respirando con dificultad.

—¿Estás completamente loca? ¿En qué cabeza cabe intentar subirte en un coche con un tipo como ese? ¿No has visto la pinta que tenía o es que te van las emociones fuertes?

—¡Yo solo quería volver a casa!

Ezra se calmó al ver la expresión de la chica.

—Está bien. Vamos, te llevaré.

—¿Lo dices en serio?

—Sí y no vuelvas a preguntármelo a menos que quieras que cambie de opinión. Date prisa, no tengo todo el día.

—¿Y qué pasa con mi coche?

—Iba a comprar algunas piezas que aún tengo que conseguir, así que, cuando te deje en casa y haga lo que tengo que hacer, vendré con la grúa para recogerlo.

Amber pronunció un *gracias* muy bajito aunque, en realidad, no podría estar más agradecida por lo que estaba haciendo por ella. Tras coger su bolso, montó en el asiento del copiloto y lo observó de perfil mientras circulaban por la carretera.

Ezra tenía los rasgos marcados, la nariz y la mandíbula muy masculina, los labios no eran demasiado gruesos y, sin duda, lo que más llamaba la atención eran sus ojos y el tono que poseían; un azul tan intenso como el del cielo del mediodía que se alzaba sobre sus cabezas. Apartó la mirada de él cuando se dio cuenta de que resultaba demasiado evidente que estaba

prestándole atención. Estiró la mano para cambiar el canal de la radio, pero antes de que pudiese rozarla, él se lo impidió.

—Ni se te ocurra tocarla.

—Esta música es... aburrida.

—Fingiré que no sabes lo que dices.

Amber se encogió de hombros. Intentó mantenerse callada durante el trayecto, pero le resultaba muy difícil e incómodo, así que forzó la conversación.

—¿De dónde eres? —preguntó, porque sabía que solo hacía dos o tres años que Ezra había llegado a Sound River y se había quedado con el taller mecánico que estaba en venta desde que el anterior propietario quiso jubilarse. Nadie sabía de dónde venía ni por qué había decidido quedarse en un pueblo tan pequeño y perdido.

—De Nueva York —contestó.

—¿Tú? ¿Estás de broma?

—¿Por qué iba a estarlo?

—No tienes pinta de ser de Nueva York.

—¿Y qué pinta se supone que debería tener?

—No lo sé, algo más... sofisticado, por ejemplo.

Ezra negó con la cabeza, como si la diese por un caso perdido, y siguió conduciendo sin prestarle atención. Amber suspiró sonoramente.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Ezra.

—No estoy haciendo nada.

—Sí, respirar *así*, para que te pregunte que qué te ocurre.

—Das muchas cosas por supuesto —contestó Amber.

—Eso es porque conozco a las mujeres.

—¿A todas las mujeres en general? No soporto a los tíos que piensan como tú y se creen los reyes del mundo alimentando los estereotipos.

—¿Habla de estereotipos la que acaba de sorprenderse porque sea de Nueva York y no vista un traje de etiqueta? ¡Por favor! ¡No me hagas reír!

—Vale, en eso tienes razón —admitió, aunque a su orgullo le costó unos segundos poder hacerlo de buena gana—. Pero en lo otro no. Y, por cierto, ¿cuánto me costará arreglar el coche? ¿Puedes darme un presupuesto?

—Todavía no lo sé —se limitó a decir, pero, pasado un minuto de silencio, volvió a hablar mientras la miraba de reojo—. De todas formas, imagino que no será un problema para ti teniendo en cuenta que eres la dueña de un rancho, nada menos.

—¿Qué insinúas? —Lo miró indignada.

—Nada, olvídalo —contestó.

No volvieron a dirigirse la palabra hasta que se encontraron en el pueblo. Atravesaron sus calles y Ezra se desvió por el camino que conducía hacia el rancho de los Faith. Una vez allí, Amber volvió a darle las gracias con la boca pequeña y bajó del coche. Se acercó a la ventanilla tras darle la vuelta al vehículo.

—¿Cuándo sabré algo de ti? —preguntó.

Él la miró divertido y sonrió travieso.

—Me sorprende que ni siquiera intentes disimular que empiezas a echarme de menos incluso antes de que me vaya...

Amber gritó un insulto y, antes de que pudiese decir algo más, él se marchó por el sendero que conducía hacia la propiedad. Ella entró en la casa dando zancadas y resoplando. Katie apareció por la escalera.

—¿Qué tal ha ido el asunto con el coche?

—Decir *un desastre* sería demasiado suave.

E ignorando la risa que su amiga dejó escapar, Amber subió al piso de arriba dispuesta a meterse en el despacho y terminar las tareas administrativas del día que todavía no había empezado a hacer. Recordó la sonrisa burlona de Ezra en cuanto se sentó en su silla y, muy a su pesar, no pudo evitar sentir una sacudida en el estómago.

Llevaba toda la semana acudiendo al pueblo caminando. En un par de ocasiones, Hollie había ido a por ella o Katie la había acercado por la tarde antes de que empezase el turno de camarera en el local donde trabajaba, el único lugar del pueblo donde los jóvenes solían acudir a tomar algo a última hora del día. Solo había visto a Ezra una vez a lo largo de esa semana y, cuando él la reconoció, se limitó a sonreírle y a acelerar todo lo que pudo sin molestarse en preguntarle si quería que la acercase a algún sitio.

Por suerte, el sábado por la noche, Amber acudió junto con su hermano James al local, que a esas horas ya estaba lleno de gente. Katie estaba sirviendo copas tras la barra, pero le faltó poco para atravesarla volando para darle un beso a James cuando lo vio llegar, como si no acabasen de verse hacía apenas unas horas. Amber puso los ojos en blanco, pero luego sonrió y se sentó al lado de Hollie, que estaba bebiendo un gintonic.

—Otro para mí —le pidió a Katie haciéndole ojitos.

—Ahora mismo —respondió cantarina.

Una vez se quedaron a solas, porque su hermano James se marchó para buscar a unos amigos, Katie le dio un sorbo a su bebida y miró a Hollie por encima de la pajita.

—¿Qué tal tu semana, cielo?

—Mal. Muy mal. No lo soporto.

Por desgracia, Amber sabía bien a quién se refería su amiga.

Logan Quinn, el chico que le había hecho la vida imposible a Hollie durante el colegio, había regresado a Sound River unos días atrás. Logan era descarado, rudo y oscuro; corrían rumores sobre él muy poco agradables y, a pesar de que Hollie siempre parecía estar dispuesta a perdonar y dar segundas oportunidades a todo el mundo, no era así en esa ocasión. Por alguna razón que Amber desconocía, a su amiga le resultaba imposible la idea de hacer borrón y cuenta nueva con él como sí había hecho con otros muchos de los muchachos que, de jóvenes, se burlaron de ella.

—Ya te acostumbrarás a verlo. Además, por lo que dicen las malas lenguas, dudo que se quede mucho tiempo; no tiene trabajo, ni nadie sabe por qué ha vuelto.

—Ojalá tengas razón —dijo Hollie.

—Lo mejor que puedes hacer es ignorarlo.

—¿Y qué tal tú? ¿Arreglaste el coche?

—No. Y por el ritmo al que trabaja Ezra, es probable que me haga vieja antes de volver a recuperar mi coche. Me saldrán canas, arrugas y no podré conducir por culpa de mis temblores —suspiró sonoramente, sin ser consciente de que alguien reía a su espalda.

—¿Nada más? —Ezra la miró divertido.

Amber se giró hacia él ceñuda y enfadada.

—¿¡Me estabas espiando!? —gritó.

—¿Qué te has fumado hoy?

—Muy gracioso. ¿Nadie te ha dicho que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas? Y, por cierto, ¿qué has hecho con mi coche? Porque hace más de una semana que no sé nada de ti y he cumplido *el turno* imaginario.

Ezra sonrió socarrón y se inclinó hacia ella.

—¿Tanto me has echado de menos?

—Sabes que no es... ¡deja de decir eso!

Hollie se inmiscuyó en la conversación.

—Amber, voy al servicio, vuelvo en seguida.

Ninguno de los dos le prestó mucha atención, porque estaban demasiado ocupados retándose con la mirada en medio del local lleno de gente. Él dio un paso hacia ella, que seguía sentada en el alto taburete, y se le marcaron los hoyuelos en las mejillas.

—Tu coche ya está listo —informó.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Ahora, por ejemplo —replicó.

—Qué oportuno —protestó.

—Sí y, ah, una cosa más. —Se acercó a ella como si quisiese hacerle una confesión y Amber notó su aliento cálido en la mejilla y distinguió el olor de la colonia masculina que usaba—. Encontré algo muy interesante en la guantera de tu asiento.

*Voy a morir de vergüenza...*

*Voy a morirme aquí, ya, de golpe.*

Amber sintió de inmediato cómo se sonrojaba. Las mejillas le ardieron y fue incapaz de levantar la mirada hacia Ezra mientras se alejaba caminando tranquilo.

Sus braguitas. Él había encontrado sus braguitas rojas.

No supo si fue por el gintonic que acababa de tomarse o por su orgullo herido, pero se levantó del taburete con tanta fuerza que estuvo a punto de conseguir caerse al suelo. Siguió a Ezra entre la gente y, cuando llegó a una esquina, lo cogió del brazo. Él se giró y la miró muy sorprendido, porque desde luego había dado la conversación por finalizada.

Amber reunió todo el valor que tenía.

—Eres un cerdo —dijo enfadada.

—¿Perdona? —Frunció el ceño.

—Si encuentras algo así en un coche, finges que no lo has visto y punto —explicó—. Que sepas, además, que esas braguitas solo estaban ahí porque un día fui a nadar al río y me cambié en el coche para ponerme el biquini.

Ezra la miró con una sonrisa seductora.

—¿Y luego volviste sin nada?

—¡Serás idiota! Volví con el biquini.

Él se echó a reír, pero la risa se extinguió cuando la chica le dio un golecito en el hombro, luego en el pecho y, finalmente, Ezra la retuvo cogiéndola de las manos.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¡No te soporto! Eres desquiciante.

Ezra apretó los dientes y la mantuvo quieta pegándola a él. Amber dejó de moverse. De repente, solo era capaz de sentir el pecho duro y musculoso de Ezra junto al suyo, sus manos más ásperas en torno a sus muñecas, la respiración que le hacía cosquillas. Tomó aire al notar

que se ahogaba. Él la miraba muy serio y casi sin pestañear, como si no supiese muy bien qué hacer a continuación.

—Quizá deberías soltarme... —dijo Amber.

—Quizá... —dijo con la voz ronca—. O no.

Sus bocas chocaron a la vez. Amber sintió que las piernas le temblaban y agradeció que él la sostuviese rodeándole la cintura, porque no estaba segura de poder seguir manteniéndose en pie durante mucho tiempo. El corazón galopó en su pecho al notar los labios rudos y exigentes de Ezra sobre los suyos, apoderándose de su boca. Todo era demasiado intenso y pensó que aquello debía de ser lo que se conocía como *enloquecer en un segundo*, porque había pasado de odiar a una persona a desear fundirse con ella.

Como si su sentido común regresase al meditar aquello, Amber se apartó de golpe.

Apenas podía respirar de lo agitada que estaba. Por los movimientos de su pecho, Ezra parecía sentirse igual. Ella lo miró jadeante.

—¿Qué ha sido eso...? —preguntó.

—*Eso* ha sido lo que ocurre cuando me aburro.

Quiso volver a golpearlo y tuvo que reunir todas sus fuerzas para no hacerlo. Aguantó el tipo, enfadada y dispuesta a no volver a mirarlo a la cara en mucho tiempo, y sin mediar palabra se dio la vuelta y se le alejó de él, porque no pensaba que se mereciese una contestación después de esas palabras. No estaba segura de quién había sido el primero que se había lanzado a los labios del otro, pero sí sabía que los dos lo habían deseado, por mucho que ahora Ezra decidiese quitarle importancia. Bien, si él no se la daba, mucho menos lo haría ella. Regresó hasta la barra, donde ya estaba Hollie hablando con Katie, aunque ésta no dejaba de servir bebidas un poco atareada.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—Por ahí. Miento. Con Ezra.

—¿Te ha dicho algo del coche?

—Sí, entre otras cosas, pero mejor te lo cuento luego de camino a casa. Ahora, vamos a disfrutar de la noche.

Dicho aquello, las dos se levantaron y se acercaron hasta donde estaba James con unos amigos, donde pasaron el resto de la noche bailando, bebiendo y riendo, ajenas a esos dos ojos azules que se quedaron observando la escena desde lo lejos hasta que se marcharon casi a la hora de cerrar.

—¡Todavía no me lo puedo creer!

Katie la miró con la boca aún abierta.

—Pues sí. Nos besamos. Así, sin esperarlo.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Hollie.

—¿Yo? ¡Nada! Fingir que nunca ha pasado. O que *me aburría*, como él.

—¡Menudo idiota! ¿Cómo se le ocurre decirte eso? —se indignó Katie.

Estaban sentadas en su mesa habitual de la cafetería a la que siempre acudían para tomar algo. Era la cafetería que estaba justo delante del taller mecánico de Ezra y el lugar donde se habían conocido cuando ella tropezó y le tiró encima el café que llevaba en la mano. Como era domingo, el taller estaba cerrado, algo que Amber agradeció, porque se había pasado toda la noche dándole vueltas a lo que había ocurrido sin llegar a una conclusión razonable. ¿Por qué lo había besado? Peor aún, ¿por qué le había gustado? Ella no era una de esas chicas que caen rendidas con facilidad entre los brazos de un hombre, ni mucho menos cuando ese hombre es cuestión le parecía gruñón, antipático y engreído. Ezra era exactamente todo lo que a Amber no le gustaba.

—¿Por qué son así? —preguntó Hollie—. Los hombres, quiero decir.

—No todos. James es... perfecto. —Katie suspiró.

—Lo vuestro es una excepción —dijo Amber.

—No es cierto. Además, estoy segura de que tú terminarás encontrando a una persona que esté dispuesta a lidiar con tu carácter. —No se inmutó ante la mirada asesina que Amber le dirigió antes de centrarse en Hollie—. Y tú eres una chica inteligente, dulce y preciosa y sé que algún día te enamorarás. Mereces saber qué se siente al hacerlo.

Hollie se removió incómoda en su silla y removió el café un par de veces antes de atreverse a alzar la mirada y enfrentarse a sus amigas, que la miraban con cariño sin saber que ella escondía un pequeño secreto y que, en realidad, no conocían todo lo que había ocurrido años atrás con

Logan Quinn. Se dijo que era mejor así, porque cada vez que lo recordaba volvía a sentirse avergonzada y humillada.

—Supongo que sí —contestó.

—Ahora, hablemos de ti, ya que eres la única que tiene algo bueno que contar —pidió Amber.

Katie sonrió de lado a lado.

—Nos casaremos este otoño —anunció.

Tanto Hollie como Amber se inclinaron para abrazarla entre palabras de alegría llenas de emoción. James y ella habían tenido que recorrer un largo camino para llegar hasta ese punto y merecían poder disfrutar de una vida en común tranquila y feliz.

—¡Me pido ser dama de honor!

—¡Yo también! —gritó Hollie.

—Lo seréis las dos —dijo Katie.

—¿Has pensado en cómo quieres que sea la boda?

—Un poco. Algo íntimo. Y la celebraremos en el claro que hay junto al río, cerca del rancho —comentó sonriente tras morderse la galleta que servían junto al café.

—¿Vas a celebrar tu boda en un río?

—Al lado del río. Y sí, porque es un lugar especial para nosotros. *Muy* especial —repitió con una mueca traviesa.

—¡Por favor, Katie, que es mi hermano! No pienso volver a pasear por ese lugar, no vaya a ser que el día menos pensado os pille en plena faena. Hablando del tema, por mucho que odie hacerlo, ¿cuándo vais a darme un sobrino? ¡Me muero de ganas!

Katie la miró asustada y se atragantó con la galleta.

—Créeme, falta mucho tiempo para eso.

—Mi hermano no opina lo mismo.

—Tu hermano no va a quedarse preñado, así que hazme caso cuando te digo que en esa decisión tengo mucho que decir —concluyó, y Hollie y Amber estallaron en risas.

Pasaron el resto de la tarde del domingo hablando de sus cosas en aquel lugar. La cafetería era tranquila, a pesar de que solía ser el punto de reunión de la mayoría de las mujeres de Sound River. El suelo era de madera, al igual que la barra, que además estaba decorada con objetos

rosas, como los jarrones con flores recién cortadas, las tazas o los marcos de los cuadros que colgaban de las paredes.

Cuando Amber regresó a casa junto a Katie horas después, se encerró en su habitación y mató las últimas horas que le quedaban al domingo pintándose las uñas, viendo una serie en el ordenador portátil y preguntándose cómo debería comportarse cuando, a la mañana siguiente, se acercase al taller para recoger su coche.

Dudó durante más de una hora, pero al final decidió que, dado que él era un idiota y se comportaba con ella como tal, al menos le mostraría lo que se estaba perdiendo. Así que se puso una falda vaquera que dejaba a la vista sus piernas doradas por el sol de verano y, en la parte de arriba, un top palabra de honor de color azul claro. Se recogió el cabello oscuro y largo en una coleta y se puso unos pendientes pequeños en las orejas antes de dirigirse hacia el taller.

Una vez en marcha, cansada tras la larga caminata por el sendero que conducía hasta el pueblo desde el rancho algo más apartado, se alegró de no haberse puesto apenas maquillaje porque hacía muchísimo calor y de lo único que tenía ganas era de parar delante de alguna fuente y refrescarse la cara con agua fría, cosa que hizo antes de caminar unas cuantas calles más y girar la última esquina.

Vio su coche en cuanto puso un pie en el taller, pero, en cambio, no había ni rastro de Ezra. Dejó a un lado la parte abierta al público al no conseguir abrir la puerta del vehículo y avanzó hasta lo que supuso que sería su despacho. Antes de girar el pomo para entrar, se paró en seco al escuchar su voz al otro lado de la puerta.

—No juegues con esto, Lisa. —Una pausa—. No, no pienso volver, ya lo sabes. Cuanto antes terminemos con todo, mejor. Bien. Sí. Deja de llorar. —El silencio se prolongó unos instantes más antes de que él hablase nuevo—. ¿Que si *te quiero*? Tú sabes la respuesta...

Amber abrió la puerta en ese momento.

Sabía que no era lo correcto escuchar a escondidas y, conforme la conversación se iba volviendo más personal, decidió que era mejor cortar por lo sano y hacerle saber que estaba allí. Ezra la miró por encima del hombro, de pie delante de su mesa, y luego sus dedos se apretaron alrededor del teléfono antes de hablar despacio.

—Ahora no puedo hablar, Lisa. Te llamo más tarde.

Colgó. Amber se compadeció de la pobre chica. Intentó mantener la boca cerrada mientras él se guardaba el móvil en el bolsillo de los vaqueros, pero no consiguió hacerlo bien, porque terminó diciendo:

—Quizá deberías ser un poco más *delicado*.

—¿Qué intentas decirme? —preguntó malhumorado.

—Ya sabes, que a veces eres brusco. Tienes poco tacto.

Ezra la miró echando chispas por los ojos.

—No te metas en mis asuntos —replicó.

—En realidad, solo venía a por mi coche.

Él la miró fijamente, deteniéndose en sus piernas y subiendo hasta su rostro. A pesar de que lo sacaba de sus casillas con más facilidad que cualquier otra persona, debía reconocer que Amber era muy atractiva, una de esas chicas que iluminaban la estancia en cuanto entraban en ella. Y eso era precisamente lo que él más detestaba de la chica, que lo tenía todo; una herencia familiar, dinero, comodidades, belleza y esa actitud que parecía gritar que se creía la reina del mundo. A Ezra le recordaba demasiado a otra persona en la que prefería no pensar a menudo...

A pesar de eso, no podía ignorar que se sentía atraído por ella. Todavía no estaba seguro de qué era lo que había ocurrido durante la noche del sábado, pero sabía que, si ella no se hubiese apartado de él, probablemente la habría cogido en brazos y se la habría llevado de allí a su apartamento. Por eso la había tratado así entonces, porque estaba enfadado consigo mismo por haber sucumbido de nuevo y tan pronto a la tentación de otra mujer parecida. Esa pérdida de control lo hizo sentir de nuevo como ese chico joven e inexperto que se deja llevar por la corriente sin pensar primero en sí mismo.

Se cruzó de brazos y suspiró profundamente.

—En cuanto a lo que pasó la otra noche...

—Sí, *un aburrimiento total* —lo cortó Amber—. Ahora, si no te importa, te agradecería que me dieras las llaves de mi coche. Tengo prisa.

Él la taladró con la mirada y se movió por su escritorio para buscar las llaves del coche, que, por cierto, eran ridículas con un pompón rosa gigante como llavero. Se las tendió y luego buscó la factura de la reparación.

—Serán doscientos ochenta dólares.

—¿Cómo dices? ¿Acaso has pintado mi coche con oro?

—No, pero he cambiado la pieza del termostato que lo hacía saltar cuando en realidad el coche no estaba caliente y, antes de que me lo preguntes, sí, es una reparación cara. Las piezas, la mano de obra y tener que aguantarte a ti, suponen doscientos ochenta dólares.

Amber respiró hondo para intentar calmarse.

—Ahora mismo estoy haciendo ejercicios zen mentales para no abalanzarme sobre ti.

Ezra curvó los labios con gesto burlón.

—Pensaba que te gustaba, pero no hasta ese punto.

—Sabes que no me estaba refiriendo a...

—Tampoco sería la primera vez que lo haces.

—¿De qué hablas? —preguntó con los dientes apretados.

—De lo de abalanzarte sobre mí, claro.

Amber pestañeó sorprendida y sintió que le hervía la sangre.

—Espero que esto sea una de tus bromas, porque hasta donde yo recuerdo tú me besaste a mí —mintió, ya que en realidad no estaba segura de cómo había ocurrido, aunque habría apostado mucho por la opción de que los dos se habían acercado a la vez—. Y cabe resaltar que yo me aparté. Hasta donde yo recuerdo, a eso se le conoce como *que te den calabazas* —dijo mientras sacaba de su bolso la cartera y dejaba encima de la mesa el dinero en efectivo—. Toma, aquí tienes.

Haciendo uso de toda su dignidad, se giró balanceando las caderas y el llavero rosa que llevaba en la mano. Ezra no pudo evitar que su mirada se desviase hasta su trasero y apretó los dientes al hacerlo, furioso consigo mismo por dejar que ella lo provocase y lo hiciese sentir de esa forma. La siguió con la vista cuando subió a su coche, dio marcha atrás enfurecida y por poco atropella a una pareja de ancianos que paseaba por la acera que estaba delante del taller. Ezra, cruzado de brazos, aguantó las ganas de reír y luego suspiró con fuerza y volvió a centrarse en todo el trabajo que tenía por hacer.

Pese a lo que muchas personas pudiesen pensar, Ezra adoraba su empleo. Siempre le habían gustado los coches, las motos y, todavía más, los entresijos de ambos. Le gustaba averiguar por qué algo se había roto y conseguir que volviese a funcionar. Era reconfortante poder reparar cosas y que siguiesen teniendo vida.

Con el recuerdo de qué hacía allí revoloteando en su mente todavía, apuntó algo en un papel con un bolígrafo y, al girarse para regresar al taller, vio la cartera de Amber en un extremo de la mesa. Cerró los ojos con fuerza. Mierda. Se la habría dejado tras sacar el dinero y lo último que él deseaba era tener que volver a verla, algo que ahora parecía inevitable. Se dijo que esperaría unas horas para ver si ella se daba cuenta de que la había perdido y regresaba por su propio pie.

Pasó el resto de la jornada trabajando y, cuando terminó, se fue al pequeño apartamento que tenía alquilado a unas calles de distancia. Era una casa muy sencilla, pero cómoda y más que suficiente para él. Se dio una ducha de agua caliente rememorando la conversación que había mantenido aquel día con Lisa, aunque, pronto, esos pensamientos fueron sustituidos por el rostro de Amber, su mirada desafiante y esos labios que él había devorado el sábado por la noche, incapaz de resistirse.

Se vistió con ropa cómoda, unos vaqueros y una camiseta de algodón, y luego condujo sin muchas ganas hacia el rancho familiar de los Faith, que quedaba a las afueras del pueblo, no demasiado apartado. Llamó a la puerta y un chico de aspecto rudo abrió.

—Buenas tardes, busco a Amber —dijo.

James lo evaluó detenidamente.

—Mi hermana está en los establos.

—¿Y los establos están...?

—A la derecha, todo recto.

—De acuerdo. Gracias.

Ante la mirada un poco recelosa de James, se encaminó hacia allí sin dejar de preguntarse por qué no le había dado la cartera a su hermano, por ejemplo, en vez de tener que encontrarse con ella de nuevo. Cada vez que la veía le resultaba difícil ignorar la energía que parecían crear cuando estaban juntos. Odiarla era mucho más fácil que tener que llevarse bien con ella y contenerse en su presencia.

La miró desde la puerta. Estaba vestida con unos pantalones de montar y una camisa que, aunque parecía masculina, la hacía irresistible. Acababa de quitarle al caballo la silla de montar y estaba dándole un par de zanahorias. Se giró al oírlo llegar.

—¿Qué narices haces aquí?

—Bonito recibimiento.

—Es que no eres bienvenido.

—Eso me hace replantearme mi tarea benéfica.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con hosquedad.

—Venía a traerte tu cartera. Esa que has olvidado en la mesa de mi taller. ¿O debo empezar a pensar que te la has dejado a propósito solo para poder verme de nuevo?

Amber se cruzó de brazos, aunque ahora que sabía por qué él había ido allí tenía un nudo en la garganta. Sin embargo, no iba a dejar que pisotease su autoestima.

—Dame una buena razón para desear volver a verte.

—¿Por qué soy muy guapo? ¿Y muy listo?

Ella se esforzó por no reír al ver su sonrisa juguetona. Empezaba a pillarle el punto. Por alguna razón, a Ezra le gustaba aquello, retarla, llevarla contra las cuerdas... Puede que fuese su forma de mantener los límites entre ellos. Pues si eso quería, ella se lo daría. Desde luego, nadie ganaba a Amber Faith en orgullo.

—Lo de *guapo* te queda grande. Y lo de *listo* más aún.

—En ese caso... me llevo la cartera. Ven a recogerla mañana, si quieres.

—Espero que sea una de tus bromas...

Ezra arqueó una ceja en alto y chasqueó la lengua antes de dar media vuelta y salir del establo. No sabía por qué le divertía tanto ver cómo ella echaba humo por las orejas, pero no podía evitar disfrutar de esa sensación de triunfo momentáneo.

Sin embargo, lo que no esperaba era que, cuando todavía no había puesto un pie en el sendero que conducía de regreso a la casa, ella saltase sobre su espalda como un mono de feria y se agarrase de su cuello mientras su voz gritona le taladraba los oídos.

—¡Devuélveme la cartera! ¡Devuélvemela!

—¿Estás completamente loca? ¡Quita, fiera!

—¿A quién llamas *fiera*? —gritó ella.

Ezra intentó forcejear para quitársela de encima, pero, al hacerlo, Amber no se soltó y él terminó cayendo a un lado del camino, entre el montón de hierbas verdes que se alzaban salvajes en medio del terreno. Él tosió y se dio cuenta de que tenía una herida en el lateral de brazo

porque se había apoyado ahí durante el impacto para no aplastarla a ella con su peso. Maldijo entre dientes. Amber, tumbada debajo de él, respiraba agitada.

—¿Por qué siempre tienes que fastidiarla?

—¿¡Yo!? ¡Te llevabas mi cartera!

Él la miró, todavía en el suelo, intentando ignorar el dolor que sentía en el cuerpo por culpa del golpe. Las hierbas parecían haber formado un nido a su alrededor y el cabello de Amber estaba desparramado sobre el lecho verde del suelo. Ella tenía las mejillas encendidas y los labios entreabiertos. Ezra apartó la vista de allí al notar las ganas que tenía de cubrirlos con los suyos y rodó hacia un lado hasta quedar tumbado a su derecha. Se quedaron unos segundos mirando el cielo del atardecer.

—¿Estás herido...? Pensaba que no te habías hecho nada —dijo ella incorporándose para inclinarse hacia él—. Ezra, déjame ver el brazo.

Él negó con la cabeza y estaba a punto de levantarse cuando ella lo obligó a no hacerlo al apoyar las dos manos sobre su pecho.

—¡No seas crío! —gritó—. Vamos, dentro tengo el botiquín.

—No necesito que me pongas una tiritita.

Se soltó de su agarre y se puso en pie. La sangre se escurría por el costado de su brazo, pero él lo ignoró como si solo fuese una rozadura, aunque, por lo que ella podía ver, se había clavado algunas piedrecitas.

—¿Por qué tienes que ser tan terco?

Ezra soltó un gruñido por lo bajo y se encaminó hacia la propiedad, donde había aparcado el coche apenas quince minutos antes. Ella lo siguió sin dejar de hablar.

—¡Está bien! ¡Entraré si te callas! —exclamó.

Amber sonrió satisfecha y, una vez dentro de la casa, lo guio al baño de la planta superior y le pidió que se sentase en el borde de la bañera. Él accedió de malas maneras, con los dientes apretados en una mueca de disgusto y casi sin mirarla. Cuando ella empezó a desinfectarle la herida, maldijo por lo bajo y cerró los ojos.

—Tranquilo —lo miró divertida—. Puedes llorar como una chica, no se lo diré a nadie.

—Cierra el pico. E intenta no destrozarme el brazo al *curármelo*.

Ella negó con la cabeza e intentó quitar las piedrecitas que se había clavado a causa de la caída, limpiándole con cuidado.

—¿Siempre has tenido este humor de perros?

—Solo cuando me cruzo contigo.

—Qué halagador —apretó un poco más al algodón sobre la herida y él la fulminó con la mirada—. Perdona, a veces no calculo mi fuerza.

Ezra puso los ojos en blanco y recostó la cabeza sobre la pared de azulejos que había a su espalda mientras ella terminaba de curarlo. Cuando fue a ponerle un vendaje, él se negó en rotundo y se puso en pie de nuevo.

—No es necesario —repitió.

Su móvil, que lo había dejado sobre el lavabo, sonó en ese mismo instante. El nombre de *Lisa* apareció en la pantalla y él resopló antes de rechazar la llamada y guardárselo en el bolsillo. Amber lo miró divertida mientras lo acompañaba escaleras abajo.

—¿Alguna hermana entrometida? —preguntó.

Antes de salir por la puerta, él se giró.

—No es ninguna hermana. Lisa es mi mujer.

Y tras esas palabras secas, salió de la casa.

En cambio, Amber se quedó allí, delante de la puerta, durante un buen rato. *Es mi mujer*, repitió en su cabeza. ¿Su mujer? ¿Ezra estaba casado? Recordó el beso que se habían dado tres días atrás y tuvo ganas de llorar. Sin poder quitarse ese pensamiento de la cabeza e imaginarlo a todas horas con su deslumbrante *mujer*, Amber se dio una ducha y luego se metió en la cama sin cenar tras decir que le dolía la barriga.

Katie apareció en su habitación una hora más tarde, golpeando con los nudillos en la puerta y pidiéndole permiso para pasar. Al hacerlo, la miró sorprendida.

—¿Qué ocurre, Amber? Solo son las ocho...

—No me encuentro bien —mintió.

—Vamos, cuéntamelo. —Katie se sentó en el borde de la cama, a su lado, y Amber terminó dándose la vuelta y tomando una respiración profunda.

—Es Ezra. Está casado.

—¿Estás bromeando?

—No. Me he enterado hoy.

—Quizá solo sea un rumor...

—Me lo ha dicho él mismo —explicó—. Está casado con una mujer que, al parecer, lo llama a todas horas. ¿Y sabes qué? Ni siquiera debería importarme. Es más, ¡no me importa en absoluto! Nada de nada. A la mierda ese idiota.

—Amber, cielo...

—Este fin de semana pienso pasármelo en grande. Ya estoy harta de esperar a que aparezca un hombre decente, si no hay ninguno, será que ha llegado la hora de empezar a considerar eso del sexo sin compromiso —razonó—. Casi ni me acuerdo de la última vez que tuve una cita. Es deprimente.

Katie quiso preguntarle si todo aquello era por Ezra y, sobre todo, por qué le importaba tanto ese chico con el que parecía llevarse más mal que bien. Sin embargo, no se entrometió. Le apartó un mechón de cabello oscuro de la frente y sonrió.

—El último con el que saliste fue Alfred.

—Por lo que más quieras, no me lo recuerdes.

—¡No es para tanto! Es un tipo simpático. —Trabajaba en el supermercado y a Katie siempre le daba los productos más frescos del día.

—Muy *simpático*, porque tú no lo has visto cenando en un restaurante; solo le faltó coger la sopa de fideos con las manos. Fue para el único plato que usó cubiertos.

—Puag, es verdad, no me acordaba de eso.

—Y luego estuvo ese otro, Steven.

—¿Qué pasó con él? Refréscame la memoria.

—Me dio una palmada en el culo al salir del coche. Pensé que se le habría escapado la mano, pero no, porque un rato después, cuando entramos en el sitio que habíamos reservado para cenar, volvió a darme otra palmada en el trasero.

Katie se echó a reír sin poder evitarlo.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Le di un guantazo, para que aprendiese que lo de los golpes se queda en las novelas de Christian Grey y poco más. ¿Quién se pensaba que era para darme azotes en la primera cita? ¡Ni siquiera le había preguntado todavía qué edad tenía!

Katie volvió a reír, esta vez más fuerte, y terminó en la cama tumbada a su lado con las manos en la barriga, desternillándose. Amber sonrió y se apoyó en el hombro de su amiga. Recordó todos los momentos que habían pasado juntas, animándose la una a la otra, y notó que se relajaba, a pesar de que Ezra seguía rondando sus pensamientos. Sacudió la cabeza al volver a pensar en él.

—Así que, decidido, este fin de semana pienso arrasar.

—¿En qué sentido? —le preguntó.

—En todos. Necesito pasármelo bien.

Amber Faith era firme en sus decisiones. Cuando una idea se le metía entre ceja y ceja iba a por ella con determinación y no cesaba en su empeño hasta que lograba su cometido. Por eso, el sábado por la tarde, se presentó en casa de Hollie cargada con una maleta llena de ropa y maquillaje. Hollie, que solía ser discreta y consideraba *maquillarse* incluso al acto se ponerse un poco de brillo en los labios, la miró con el ceño fruncido tras sus gafas con montura de color azul.

—¿No estás siendo un poco exagerada? —preguntó.

—En absoluto. Las cosas, si se hacen, deben hacerse bien. —Comenzó a abrir la cremallera de la maleta tras dejarla sobre su cama—. Es una lástima que Katie tenga que trabajar esta noche, pero, por otra parte, tendremos bebidas gratis. Y es casi nuestra obligación como amigas aprovecharlo y exprimir la velada al máximo.

—No sé para qué, apenas hay chicos interesantes en el pueblo.

—Es verdad, aunque Gabriel Max no está nada mal. No sé por qué nunca antes me había fijado en él, el otro día me lo crucé en el rancho y me di cuenta de que tiene una de esas sonrisas que transmiten confianza, ¿sabes a lo que me refiero?

—¿Estás hablando de Gabriel el veterinario?

—Sí, el mismo. Iba a nuestro curso, ¿no?

Hollie asintió distraída mientras Amber sacaba sin cesar bártulos que había traído en su maleta. Menos de diez minutos después, su cama estaba repleta de vestidos, faldas, blusas y bisutería de todos los colores y formas imaginables.

—No creo que nada de todo eso me quepa.

—Deja de decir tonterías, claro que sí.

Durante la siguiente media hora, Amber se probó todos los modelitos habidos y por haber mientras se evaluaba frente al espejo alargado de la habitación de Hollie, desechándolos uno tras otro. Cuando se vistió con un vestido veraniego de color amarillo claro que dejaba al descubierto

sus piernas y tenía un escote en la espalda, pensó que era perfecto. Se dio la vuelta para mirarse desde todos los ángulos.

—Estás preciosa —dijo Hollie.

—Podría recogerme el pelo.

—Te quedaría increíble.

—Vale. Decidido. Ahora tú.

—¿Qué? ¡No! Ya te he dicho que tu ropa no me cabe.

—Y yo que eso es una tontería. Por supuesto que te cabe, la diferencia es que no vestirás algo holgado, ancho y oscuro, como sueles hacer siempre, sino alguna prenda que se ajuste a ti y marque esas curvas que tienes. Vamos, pruébate esta falda y esta blusa.

Hollie cogió la ropa sin mucho interés y accedió a ponérsela. Cuando se miró en el espejo, frunció el ceño al principio, pero fue suavizándolo poco a poco. Puede que Amber tuviese razón. La falda era de tubo, alta y de color azul oscuro y le marcaba la cintura estrecha antes de descender por las caderas. La blusa, de un blanco roto, dejaba al descubierto sus hombros y apenas tenía escote al llevar casi todos los botones abrochados, aunque rápidamente Amber se puso en pie y le abrió uno de ellos.

—Ahora sí. Estás espléndida.

—¿Y qué hago con el pelo?

—Yo te lo arreglaré.

Mientras charlaban animadas, Amber se encargó de rizarle el pelo a Hollie con la plancha hasta que los tirabuzones suaves cayeron por su espalda. Cuando terminó, se recogió a sí misma la cabellera oscura en un moño y dejó algunos mechones sueltos enmarcando su rostro. Después, llegó la última fase, el maquillaje. No se pusieron nada demasiado recargado, a excepción del pintalabios rojo que Amber se aplicó frente al espejo y que resaltaba en contraste con la naturalidad del resto del rostro.

Cuando estuvieron listas, cenaron algo rápido en la cocina de estilo rústica del piso de Hollie y luego se encaminaron hacia el local donde solían reunirse. Al llegar, el sitio ya estaba bastante lleno de gente, así que tuvieron que hacerse un hueco entre la multitud para poder llegar hasta la

zona de la barra, donde Katie se encontraba sirviendo bebidas y atendiendo a los clientes que la rodeaban.

—¡Dos manhattan! —pidió Amber a gritos.

Katie le sonrió al escucharla y asintió con la cabeza.

Diez minutos después, las dos tenían sus copas en la mano y se internaron en la sala repleta de gente mientras se movían al son de la música que sonaba por los altavoces. Amber le dio un trago a su bebida y le echó un vistazo a su alrededor. Por mucho que le pesase reconocerlo, no podía evitar intentar encontrar entre la multitud un par de ojos de color azul intenso, pero, por suerte o por desgracia, no se tropezó con ellos.

En cambio, sí descubrió a Gabriel Max, el veterinario, que además estaba junto a un grupo de conocidos que eran amigos de su hermano James. Así que, cogiendo a Hollie del brazo, se acercó hasta ellos y los saludó con una sonrisa. Pronto, pasados los primeros diez minutos, uno de los presentes decidió invitar a todos los del grupo a una ronda de margaritas. Y cuando Amber quiso darse cuenta, se había tomado tres y Hollie había desaparecido de su vista. Se dio una vuelta por el local, con la esperanza de encontrarla pronto, pero no consiguió dar con ella. Gabriel la cogió del codo cuando tropezó con los tacones y le rodeó la cintura con una mano para evitar que cayese.

—Gracias —le sonrió.

—No hay de qué, ¿lo estás pasando bien?

—Creo que voy un poco achispada, así que sí.

—Me alegra oírlo, ¿puedo invitarte a algo?

—No diría que no a otro de estos. —Rio tras alzar la copa vacía del último margarita que había caído en sus manos. Se había prometido que esa noche se divertiría y estaba cumpliendo con lo que se había dicho a sí misma—. Te acompaño.

Gabriel le sonrió y deslizó la mano en torno a su cintura mientras caminaban juntos hacia la barra que estaba en el otro extremo del local. Amber se echó a reír con los ojos entrecerrados cuando él le dijo algo divertido al oído, ajena al chico de mirada hosca que estaba apoyado en uno de los pilares y que no apartaba los ojos de ella.

Les pidieron las bebidas a Katie, que les sirvió en seguida, y luego volvieron a la zona de baile del local. Amber le dio un sorbo a su copa. Notaba las extremidades relajadas, tanto que estuvo a punto de tropezar otra vez, como si sus brazos y sus piernas fuesen de goma de repente y apenas reaccionasen a las órdenes que le gritaba su cerebro. Le rodeó el cuello a Gabriel cuando él se pegó a ella para bailar una canción y advirtió su olor masculino y agradable. No sabía por qué no se había fijado antes en él. Era un chico simpático, de bonitos ojos marrones y sonrisa tranquila. Puede que estar cerca de él no tuviese nada que ver con el estallido de emociones que la sacudían cuando tenía delante a Ezra, pero al menos se sentía segura y muy reconfortada. Apenas se movió cuando los labios de él le rozaron el cuello y sintió un cosquilleo al notarlo.

Se preguntó qué sentiría si se besaban.

Estaba a punto de comprobarlo cuando notó unas manos rodeándola y abrazándola por la espalda. Se giró y descubrió que Ezra la miraba con atención. Sus ojos eran tan intensos que se estremeció al verse reflejada en ellos.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Venía a saludar. Y a comprobar si solo estás borracha a secas o borracha como una cuba. Me da que la segunda opción se acerca más a la realidad.

—No creo que sea de tu incumbencia.

—Perdona, pero estaba bailando con ella —se metió Gabriel con el ceño fruncido.

—Ya, *estabas* —recalcó Ezra.

—¿Quién te has creído que eres? —gritó Amber.

—Te agradeceríamos que te marchases —pidió Gabriel.

—Antes tengo que hablar con ella. En privado.

—¿Qué? ¡No! ¿Desde cuándo tenemos algo que hablar tú y yo...? —Pero no pudo seguir quejándose, porque Ezra la cogió de la muñeca y tiró de ella hacia la puerta de salida del local. Amber tomó una brusca respiración cuando el aire frío de la noche le golpeó en la cara y parpadeó un poco confundida. No debería haber bebido tanto. Le clavó a Ezra un dedo en pecho, pero se arrepintió de hacerlo al darse cuenta de lo duro que era su torso y de que empezó a preguntarse qué sentiría al tocarlo—. ¿Te has vuelto loco? Ese espectáculo... eso que has hecho ahí dentro...

—Ya me lo agradecerás —respondió.

—Estás completamente...

Se calló de repente al notar una arcada subiéndole por la garganta. Ni siquiera hizo falta que dijese nada más antes de que Ezra suspirase, pusiese los ojos en blanco y se remangase la camisa que llevaba puesta. Sin mediar palabra, le sujetó el pelo mientras ella vomitaba en el callejón que estaba al lado del local.

—¿Tienes pañuelos en el bolso? —le preguntó.

—Creo que sí... —respondió bajito. Todo le daba vueltas.

—Déjame ver —se lo quitó de las manos—. Toma.

Le ofreció un pañuelo para que se limpiase y luego apoyó el costado del cuerpo en la pared. Cerró los ojos para evitar que la calle en la que se encontraban siguiese girando a su alrededor sin parar, que era lo que estaba haciendo. Él esperó pacientemente, hasta que ella estuvo a punto de caerse y la sujetó contra su pecho. Amber murmuró algo diciéndole que tenía el coche aparcado a una manzana de distancia y Ezra negó con la cabeza e intentó no reírse mientras casi la llevaba a rastras por la acera.

Sin mediar palabra, cuando consiguió subirla hasta su piso, le quitó los zapatos de tacón y la tumbó sobre la cama. Después la tapó con una manta y cerró la puerta.

Amber se sentía como una mariposa dentro de un capullo calentito y suave. Se dio la vuelta, sonriendo al notar el colchón blando bajo ella y, entonces, de repente recordó que su colchón era mucho más duro. Abrió los ojos de golpe. A través de la ventana de la habitación entraba la luz del sol e iluminaba el lugar. Estaba en una cama de matrimonio tapada por una manta gris de pelo y nunca en su vida había estado antes en aquel sitio. Se incorporó mientras se frotaba los ojos. Luego se fijó en las paredes sin apenas adornos y en la mesita que estaba a su lado y en la que había algunos libros. Frunció el ceño y de repente acudieron a su memoria recuerdos de la noche anterior, de ella bailando con Gabriel y poco después discutiendo con Ezra, aunque no recordaba por qué.

*Es su habitación...*, adivinó alucinada.

Tenía un nudo en la garganta mientras se levantaba e intentaba arreglarse el pelo mirándose en el reflejo de la ventana, aunque poco podía hacer porque era un desastre. Frustrada, al final terminó saliendo de allí caminando de puntillas. Se escuchaba algún ruido a lo lejos, así que avanzó en esa dirección hasta que llegó a la cocina. Ezra estaba frente al hornillo haciendo un revuelto de huevos y beicon. La miró por encima del hombro cuando se percató de su presencia y la saludó con un gruñido.

—Buenos días —dijo Amber.

—Los he tenido mejores —contestó él.

Amber entrelazó los dedos con nerviosismo sin dejar de balancearse sobre los talones.

No sabía qué decir a continuación.

—Perdona por... todas las molestias —carraspeó—. Y gracias por todo. Ahora mismo recogeré mis cosas. Lo siento mucho... —repitió torpemente.

Él la taladró con la mirada y luego suspiró.

—No te vayas con el estómago vacío, desayuna algo antes.

—No es necesario...

—¿Te gustan los huevos?

—Mmm... sí.

—Puedes usar el baño.

No hizo falta que él especificase que lo mejor sería que se lavase un poco la cara. Cuando Amber fue al servicio descubrió que tenía el rímel corrido y el cabello horrible. Con un gemido de vergüenza, se lavó la cara hasta dejarla completamente limpia y se arregló un poco el pelo, recogíendoselo en una trenza.

Al volver a la cocina la mesa ya estaba puesta.

Ella se sentó a su lado, todavía alucinada por la inesperada situación. Si hace unas semanas le hubiesen dicho que terminaría despertándose en la habitación de Ezra, se habría reído como si fuese el mejor chiste del mundo.

—Siento lo de ayer —volvió a decir.

—Deja de repetirlo y come.

—De acuerdo —cogió huevos.

Engulló el plato entero que Ezra le había servido sin dejar ni una miga del pan de las tostadas. Cuando terminó, se dio cuenta de que él la miraba con extrañeza.

—¿Ocurre algo? —preguntó con la boca todavía llena.

—¿Debería poner un candado en la despensa? Comes como un animal.

—¡Eh! ¿De qué vas? ¡Tengo hambre! Como normal.

—*Normal* si eres un elefante. ¿Dónde lo metes?

—Soy muy nerviosa. Siempre me estoy moviendo.

—Eso parece... —suspiró con pesar—. Deberías ser menos impulsiva.

—¿Por qué lo dices? —Se cruzó de brazos.

Ezra sonrió sin humor y se limpió la boca con la servilleta.

—Anoche mismo, estabas a punto de cometer una gilipollez.

—Si te estás refiriendo a Gabriel...

—Tú no querías besarle.

—¿Qué te hace pensar eso?

Amber intentó esconder que estaba empezando a cabrear, pero la ponía nerviosa que él la mirase con esa suficiencia y seguridad, como si pensase que lo conocía en lo más mínimo, cuando no tenía ni idea de nada relacionado sobre ella.

—Lo decía tu cuerpo. Estabas insegura y tensa —dijo—. Parecías debatirte entre besarle o echarte a vomitar encima de sus zapatos.

—*Ja-ja*, qué gracioso —replicó enfadada.

—No me burlo, solo digo la verdad.

—Pues métete esa verdad por dónde te quepa.

Amber se levantó de la mesa de repente y se encaminó hacia la habitación para recoger las pocas pertenencias que había dejado allí. Antes de que pudiese alcanzar el marco de la puerta, él la retuvo y la pegó a su espalda. Se estremeció al notar su aliento cálido en la nuca y cerró los ojos. Era un cosquilleo tan intenso como insoportable y casi estuvo a punto de darle las gracias porque, si no la hubiese mantenido sujeta, se habría caído al suelo de la impresión. Respiró profundamente.

—¿Sabes por qué sé que no querías besar a ese tipo...? —preguntó hablando en susurros—. Porque cuando quieres besar a alguien te estremeces, como ahora, y tu cuerpo te traiciona y reacciona revelándose...

Amber tragó saliva y se giró hacia él.

—No sabes lo que dices...

—Lo sé muy bien —respondió con la mirada fija en sus labios—. Por desgracia, no puedo ignorar todas esas señales que gritas cada vez que estamos cerca. Si pudiera, ten por seguro que lo haría, porque está claro que eres una de esas mujeres que solo traen problemas. Y yo no soporto los problemas. Es lo último que quiero.

Ella se controló para mantenerse serena.

—No te preocupes, conmigo no los tendrás —contestó antes de entrar en la habitación para coger sus cosas y salir de allí evitando mirarlo.

—¿Ya te vas? —preguntó a su espalda.

—Sí, gracias por todo lo demás.

—Espera. —La cogió por el codo y se miraron—. Dime la verdad, ¿por qué estuviste a punto de besar a ese tío cuando, en realidad, los dos sabemos que no era lo que deseabas?

—Porque quería divertirme una noche. Porque quería poder salir por ahí y pasar un buen rato para olvidarme de todo. Quería encontrar a un chico que se fijase en mí y que me tratase bien con el que poder pasar un rato divertido, ¿te sirve eso?, ¿crees que es mucho pedir?

A Ezra le brillaron los ojos.

—Me sirve mucho.

—Te debo una...

Se movió de nuevo para irse.

—Una cosa más —dijo él apoyando una mano en la puerta para que no pudiese abrirla todavía—. ¿Qué te parecería hacer todo eso conmigo...?

—¿De qué estás hablando?

—Una cita. Una noche. Un rato divertido.

—Estás completamente loco. ¿Contigo?

Amber se echó a reír, pero los ojos de Ezra la silenciaron. Por su mirada, pudo ver que no se trataba de una broma, sino que hablaba muy en serio. Sintió un escalofrío subiéndole por la espalda solo de pensarlo...

—Sería un desastre.

—No lo creo.

—Somos incompatibles.

—No durante una noche.

—Creo que debería irme...

—Piénsatelo —dijo—. No tengo prisa.

Y con la promesa que escondía su sonrisa, Amber se marchó de allí caminando a paso lento por culpa de los altos tacones que se había puesto la noche anterior. Sacudió la cabeza, incapaz siquiera de meditar una propuesta semejante, así que se obligó a no volver a pensar en ello nunca más, como si ese momento y esa idea nunca hubiese existido. Lo eliminaría de su mente igual que una mano con buenos reflejos elimina al dichoso zumbido que decide fastidiar el sueño durante una noche de verano.

Solo que, para su desgracia, pronto se dio cuenta de que no era tan sencillo como matar a un pequeño insecto molesto, sino, más bien, casi una misión imposible.

Amber se podía dejar de darle vueltas a esas últimas palabras que Ezra le había dicho. Una noche. Ellos. Un día para olvidarse de todo y disfrutar como hacía mucho tiempo que no ocurría. Su vida durante los últimos meses había sido completamente monótona, centrada en el trabajo y en su familia y sus amigas.

—A mí no me parece una idea tan descabellada —dijo Katie sin dejar de remover el té que se acababa de pedir en la cafetería—. Es un chico guapo. Tú eres joven, no tienes ningún compromiso, ¿por qué no disfrutarlo?

—Bueno, hay una razón...

—Está casado —se adelantó Amber a Hollie.

—Ese no es tu problema. Él sabrá lo que hace —contestó Katie, aunque luego bajó la mirada—. Ya, ya sé que no está bien, pero para un chico atractivo con el que puedes pasar el rato, no es justo que ya esté pillado.

—Deberías preguntarle por ello —dijo Hollie.

—Quizá sí, no vi nada femenino cuando fui a su piso y jamás se ha visto por el pueblo a su mujer. Es un poco extraño. Puede que tengan una de esas relaciones abiertas.

—Es posible —opinó Katie.

—Aunque él no parece ese tipo de chico...

—¿Qué quieres decir? —Hollie la miró interesada.

—No sé, es un poco posesivo. No en un mal sentido, sino que no lo veo muy dispuesto a ser uno de esos tíos a los que no les importe compartir, ¿sabéis a lo que refiero?

—Sí. Entonces, lo mejor es que se lo preguntes.

—Podría hacerlo...

—Eso significa que te estás planteando la propuesta. —Hollie la miró.

—¿Estoy loca de remate? Supongo que sí.

Katie se echó a reír y luego negó con la cabeza.

—En absoluto. Todos necesitamos bajar la guardia de vez en cuando. Tú llevas meses trabajado muy duro en el rancho y también necesitas divertirte y olvidarte de todo durante unas horas. No te sientas culpable por desear algo así, cielo.

Amber chasqueó la lengua, porque a pesar de los consejos de sus amigas, seguía sintiéndose confusa. Se pasó el resto de la quedada con el ceño fruncido y sin apenas probar bocado del pastel de manzana que habían pedido para picar mientras merendaban. Katie les estuvo contando los últimos detalles que ya estaban preparando para la boda.

Cuando terminaron, regresaron al rancho.

Sin embargo, Amber se pasó el resto de la tarde tumbada en la cama sin dejar de mirar las paredes de color azul que la rodeaban y le hacían pensar en esos ojos que prometían cosas que ella no se atrevía a desear. No era tonta. Sabía que desde el primer momento existía una atracción entre ellos dos, era la única explicación ante lo que había ocurrido la semana anterior, cuando ambos se habían lanzado sobre los labios del otro en medio de local sin venir a cuento. Pero también sabía que Ezra era el tipo de hombre que era mejor evitar antes de que terminase con un corazón roto. Porque no solo estaba casado, sino que además no parecía tener ningún interés en ella más allá del de pasar un rato divertido durante una noche. Aunque, ciertamente, ella tampoco estaba interesada en él de ninguna otra forma que no fuese esa misma...

No supo bien si había perdido la cabeza cuando, ya después de cenar, se puso un vestido holgado y unas sandalias y salió de casa cuando los demás ya se habían acostado hacía media hora. Subió en el coche y condujo en silencio por las calles desiertas del pueblo en las que ya no había nadie. Cuando llegó al apartamento de Ezra dudó durante unos minutos y se quedó allí abajo mirando la ventana iluminada, pero terminó armándose de valor. Salió y entró en el edificio de solo dos plantas cuya puerta estaba abierta. Subió las escaleras y se paró delante de su puerta después de llamar al timbre.

Él abrió un minuto después y la miró.

Llevaba puestos tan solo unos pantalones de deporte y nada en la parte de arriba, dejando al descubierto un torso que ella se había imaginado más veces de lo aconsejable, suave y duro, con las líneas marcadas a causa del trabajo y el ejercicio.

—Siento venir a estas horas...

—No importa —contestó con la voz ronca.

—Pero tenía que hacerte unas preguntas.

Ezra alzó una ceja, sorprendido, y se apartó a un lado para que pudiese entrar. Ella lo hizo a pesar de que le faltó poco para que se le doblasen las rodillas ante la visión de su cuerpo sin apenas ropa.

La invitó a pasar a un pequeño salón.

—Pregunta lo que quieras —dijo.

Ella lo miró insegura y se sentó en el otro extremo del sofá que él había ocupado, como si quisiese poner distancia entre los dos por miedo a terminar cometiendo una estupidez antes de tiempo.

—¿Eres un infiel patológico o tienes una relación abierta? Porque, por mucho que me tiene la idea, no estoy dispuesta a ser *la otra* dentro de una relación. Creo que no es justo para tu... tu mujer... ya sabes... —Su voz se fue convirtiendo en un susurro conforme la sonrisa de Ezra se volvió más amplia.

—Estoy casado, pero separado.

—¿Separado? ¿Muy separado?

—Hace años que no toco a mi mujer, si eso te sirve como respuesta.

Amber abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla casi de inmediato. Lo miró fijamente, intentando comprender a ese chico lleno de interrogantes que tenía delante. Cada vez le resultaba más misterioso.

—Así que... hace años —repitió.

—Sí, eso dicho, ¿algo más?

Ella pensó que era de mala educación seguir indagando en su vida privada, pero ya que le había dado vía libre para preguntar lo que quisiese, lo hizo.

—¿Por qué sigues casado?

Él la miró sorprendido porque no esperaba tener que responder a eso. Se mostró un poco incómodo e inclinó la cabeza a un lado.

—Porque mi mujer no está muy dispuesta a concederme fácilmente el divorcio. Por suerte, parece que vamos limando asperezas y que no tardará mucho en firmar esos papeles. ¿Más preguntas? ¿Quieres que haga un test?

—No —se sonrojó, pese a que no era propio de ella—. Perdona, sentía curiosidad.

—Y has venido aquí porque...

—Porque tenía que saber esto antes de tomar una decisión sobre lo que hablamos el otro día —contestó mientras se levantaba y se sacudía el pantalón, aunque no había ningún resto que retirar de la tela oscura.

Él también se puso en pie y la siguió hasta la puerta de su apartamento. Estaba terriblemente callado, como si esperase algo concreto de ella. Amber se giró hacia él antes de salir y fijó la mirada en sus propios pies, incapaz de enfrentarse a sus ojos.

—Entonces... —Tenía un nudo en la garganta—. Supongo que nos veremos pronto.

—¿Eso significa que sabes lo que quieres?

Empezó a ponerse nerviosa ante su proximidad.

—Supongo que sí... —dijo en un susurro.

—En ese caso...

Ezra acortó la poca distancia que los separaba y apoyó ambas manos sobre la madera de la puerta, acorralándola entre sus brazos. Su mirada azul se oscureció de repente y el aire que flotaba a su alrededor se volvió más denso y electrizante. Amber intentó en vano mantener las pulsaciones estables, pero pronto se dio cuenta de que era una tarea imposible y que su corazón latía a mil por hora. Él sonrió al percatarse de su nerviosismo e inclinó la cabeza hasta rozar sus labios con suavidad. Ella abrió la boca, esperando más, pero Ezra se apartó en ese mismo instante con una sonrisa burlona en su rostro.

—Una noche solo para nosotros —le dijo.

—¿Te refieres a esta noche? —Amber titubeó.

—No. —Él sacudió la cabeza—. Pese a lo que puedas pensar de mí, me gusta hacer las cosas bien. Una cena, un poco de conversación, un paseo, un rato aún mejor en mi apartamento...

—Qué caballeroso —replicó irónica.

—Sí que lo soy. —Sonrió—. Así que, ¿estás libre el próximo sábado?

—¿No sería mejor quedar el viernes?

—Trabajo el sábado por la mañana. En cambio, los domingos cierro el taller.

—De acuerdo. El sábado, entonces.

Amber se dio la vuelta, pero él la interrumpió.

—Espera, ¿has aparcado cerca? —preguntó.

—Unas calles más allá, ¿por?

—Te acompaño.

Antes de que ella tuviese tiempo para protestar y negarse, él desapareció de allí y regresó poco después mientras se ponía una camiseta por la cabeza. Cogió las llaves que estaban en el mueble de la entrada y salió tras ella. No dijo nada mientras la acompañaba hasta su coche. Una vez allí, la abrió la puerta y la cerró cuando ella entró. Le dirigió una sonrisa antes de dar media vuelta y regresar a su apartamento sobre sus pasos y Amber pensó que tenía una sonrisa preciosa, con esos hoyuelos que se le marcaban en las mejillas y que le daban un aire juguetón bajo toda la fachada de chico gruñón y hosco. Suspiró, arrancó y condujo en silencio hasta el rancho, sin poder evitar quitarse de encima la sensación de que estaba metiéndose en un buen lío.

Llevaba toda la semana tan nerviosa, que apenas había rendido en el trabajo. Amber tenía que encargarse de las cuentas, de hablar con los proveedores, de los contratos y los seguros de los trabajadores y de mil tareas administrativas más que la traían por la calle de la amargura. Cada mañana, cuando se sentaba en el despacho, su mesa estaba repleta hasta arriba de papeles que tenía que leer, firmar o estudiar.

Así que cuando llegó el fin de semana estaba agotada, pero también a punto de sufrir un infarto, porque no había visto en todos esos días a Ezra y no dejaba de pensar en qué ocurriría la noche del sábado. Su principal temor era que se pasasen toda la noche callados, mirándose el uno al otro sin tener nada que decidirse excepto correr hasta su apartamento para terminar de una vez por todas lo que los dos necesitaban.

*Una noche*, había dicho él y eso era lo que iban a tener.

Ese día, Hollie y Katie aparecieron en su habitación antes de que pudiese empezar a vestirse, cuando acababa de salir de la ducha, y la miraron con una sonrisa. Amber rodó los ojos y negó con la cabeza.

—Hacéis que vuelva a sentirme como una adolescente torpe a punto de asistir al baile del instituto de primavera —se quejó.

—Es emocionante —dijo Hollie.

—No lo sería si no tuviese tan pocas citas al año.

—Ser selectiva no es algo malo —opinó Katie mientras abría su armario de par en par y empezaba a sacar ropa y a dejarla sobre la cama.

—¡No lo desordenes todo!

—Solo estoy haciendo una primera criba.

—Vamos, déjanos ayudarte un poco —dijo Hollie.

Amber asintió y cogió una toalla limpia y pequeña para secarse el pelo con ella tras sentarse a los pies de la cama. Permitió que Katie desechase varios vestidos porque *era demasiado soso, o con demasiados volantes, o demasiado escotado, o demasiado todo.*

—¿No debería ponerse un escote? —preguntó Hollie.

—No, en absoluto. Ya ha captado la atención de Ezra, lo que tiene que hacer es justo lo contrario. Ponerse algo sugerente, pero que lo deje con ganas de más.

—Eres cruel —le dijo Hollie sonriendo.

—Sí que lo soy. —Katie se echó a reír—. ¿Qué tal este?

—Ya lo había pensado —admitió Amber.

Era un vestido negro, ajustado y muy sencillo. Pero, a pesar de ser más cerrado por la parte delantera, los extremos de la tela se ataban alrededor del cuello, dejando los hombros al descubierto y un escote en la espalda que terminaba casi en la cintura.

Terminó por probárselo poco después y decidió que era perfecto para la ocasión.

Se puso un brazalete plateado en la muñeca y unos pendientes que iban a juego con pequeñas incrustaciones de color verde agua. Después, dejó que Katie le secase y le peinase el cabello antes de dejar que cayese al natural formando suaves ondas marrones. Ese día, apenas se aplicó maquillaje, más allá de lo básico para esconder las ojeras tras toda la semana madrugando y algunas imperfecciones. Cuando se levantó, Hollie le tendió su bolsito de mano, que conjuntaba con los pendientes, y se despidió de ellas dándoles un beso a cada una y las gracias por estar ahí siempre que las necesitaba.

Mientras conducía, por primera vez en mucho tiempo, se sentía insegura.

Era evidente que la tensión entre ella y Ezra existía, y también la atracción y esa chispa que es imposible forzar si no surge, pero de repente le dio miedo que no conectasen esa noche, que terminase siendo un desastre y que el recuerdo quedase así para siempre entre ellos. Cruzó los dedos para que, simplemente, pudiesen pasar un buen rato juntos, disfrutar de la mutua compañía y despedirse a la mañana siguiente sin dramas.

Amber no era una de esas chicas que se encariñaban con un hombre con facilidad. Puede que por eso tan solo hubiese tenido un par de novios a lo largo de toda su vida, a excepción de varios líos temporales, y ninguno de ellos la había marcado lo suficiente como para dejarla con el

corazón roto o llorando durante semanas. Cuando las relaciones se habían terminado, ella los había echado de menos, pero no había sentido esa ausencia desgarradora que había visto alguna vez en sus amigas o conocidos.

Aparcó delante del piso de Ezra y llamó con los nudillos a la puerta.

Él abrió y ella se quedó sin aliento al verlo tan guapo vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa negra que llevaba arremangada hasta la mitad del brazo. Ezra pareció pensar lo mismo cuando deslizó su mirada por su silueta y respiró hondo.

—Estás preciosa —dijo.

—Gracias. ¿Nos vamos?

Ezra asintió y cerró la puerta a su espalda antes de salir del apartamento junto a ella. Montaron en su coche, que estaba aparcado en esa misma calle, y Amber agradeció no tener que conducir, porque así podría tomarse una copa antes de regresar allí para calmar los nervios que parecían pellizcarle el estómago a cada paso que daba.

Montó en el asiento del copiloto y se mantuvo en silencio mientras él conducía hasta un restaurante que se encontraba casi a la salida del pueblo, un poco apartado, y que tenía un aspecto rústico y confortable. Como era verano y el aire de la noche era templado, se sentaron en una de las mesas de la terraza. Había una vela encendida en el centro y Amber se quedó mirando la llama sintiéndose un poco incómoda.

—Así que trabajas en el rancho familiar —dijo él.

A ella le sorprendió que se interesase, porque era la primera vez que Ezra mostraba algún tipo de interés sobre algo relacionado con su vida privada.

—Me encargo de la parte administrativa.

—¿Cómo aprendiste a hacerlo?

—Estudié económicas en la universidad.

—No lo sabía —reconoció mirándola con atención—. ¿Regresaste al terminar?

—Así es. Estuve fuera cuatro años y, cuando me ofrecieron trabajo en una empresa bastante importante, mi padre se puso enfermo, así que volví a casa para ayudarle en el rancho a él y a mi hermano, que es incapaz de aclararse con los números. Como mi padre no podía trabajar y

tuvimos muchos gastos médicos, tuvimos que reorganizar todo el negocio desde los cimientos y enfocarlo de otra manera.

Ezra la miró con interés.

Hasta la fecha, por alguna razón, él había pensado que tan solo era una chica consentida que se había criado en el seno de una familia adinerada y que, pasados los años y sin saber qué hacer, ocupó un puesto en la empresa familiar del que no tendría ni remota idea. Se había equivocado, desde luego. Apartó la vista de ella cuando el camarero se acercó para tomarles nota y los dos pidieron la cena.

—¿Y qué paso después? —siguió indagando.

—Mi padre falleció, así que mi hermano y yo nos quedamos a cargo del rancho. En realidad, aunque no era el trabajo que soñaba ni tenía intención de volver a Sound River, no está tan mal como pensaba en un principio. Tengo mi propio horario y nadie me dice lo que tengo que hacer ni cómo hacerlo.

—Conociéndote, debe de ser una ventaja.

—Sí que lo es. Me gusta hacer las cosas a mi manera.

—Ya me voy dando cuenta. —Él le sonrió.

—Háblame de ti. ¿Cómo llegaste aquí?

Ezra se encogió de hombros.

—Casualidad. Estaba conduciendo sin ningún rumbo fijo cuando paré en este pueblo a pasar la noche. A la mañana siguiente, cuando fui a comprarme un café a la cafetería, vi el taller que estaba enfrente y el cartel en el que se anunciaba que estaba a la venta. Sentí el impulso de llamar a ese número y... el resto es historia.

—Qué imprevisible.

—Suelo serlo.

Ella le sonrió con sinceridad.

Les sirvieron la cena poco después y los dos se concentraron en sus propios platos. A Ezra le fascinaba verla comer, porque jamás había conocido a una chica que lo hiciese de aquel modo, con calma, pero concentrada y sin dejarse nada en el plato. El ambiente por el que solía moverse cuando vivía en Nueva York estaba lleno de mujeres que hacían justo lo contrario, remover sus

platos, pero apenas probar bocado del contenido y dejárselos siempre a medias. Él odiaba que se tirase tanta comida y se menospreciase como si no fuese algo valioso. Eso y muchas otras frivolidades de su vida anterior eran la razón por la que ahora se encontraba allí, en un pueblo perdido, cenando con esa chica que era diferente a todo lo que él había juzgado al principio. Mirándola ahora, no estaba seguro de por qué la había comparado con Lisa, porque no se parecía en nada a ella, no tenían nada en común, y darse cuenta de eso y de lo intrigante que le resultaba, le dio más miedo del que era capaz de reconocer.

—Cuéntame algo más de ti —le pidió ella.

—Creo que ya hemos hablado demasiado...

Ezra apoyó una mano en su muslo con un gesto tan sutil que ninguna de las personas que estaban en aquel restaurante se percató del cambio que se había producido entre ellos y de cómo las emociones se desataban a su alrededor con solo una mirada. Él no quería seguir hablando, porque a cada frase que compartían le parecía que Amber era más interesante y eso era lo último que deseaba, así que subió lentamente la mano hasta el borde del vestido y sintió que ella se estremecía ante la caricia.

—Podríamos prescindir del postre...

—Creo que sí —contestó Amber.

Diez minutos después, los dos bajaron del coche y, nada más entrar por la puerta de su apartamento, se fundieron en un beso cargado de deseo contenido. Amber gimió en su boca, porque aquel beso no era como el que le había dado en el local ni tampoco se parecía a esa tierna caricia del día que fue a buscarlo a su casa. Aquel beso era intenso y voraz. Amber supo que nadie hasta la fecha la había besado así, con esas ganas de fundirse en su piel y de marcarla con sus labios. Se aferró a sus hombros cuando sus lenguas se acariciaron despacio y notó que el corazón le daba una voltereta ante esos besos cálidos y cargados de sensualidad. Ezra se separó un instante de ella, en medio del pasillo en el que acababan de entrar, para poder mirarla a conciencia y después hundió la mano en su cabello y la atrajo de nuevo hacia él para volver a besarla.

Amber comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. No recordaba la última vez que se había sentido así, tan desatada y con tantas ganas de disfrutar de la compañía de otra persona.

Ella solía ser poco apasionada, casi fría, pero con Ezra sentía que se le debilitaban las rodillas y que el mundo se ponía del revés.

Apenas se dio cuenta cuando la tumbó sobre su cama y le quitó el vestido de un tirón. Él descendió la mirada por el conjunto de ropa interior de color oscuro que llevaba puesto y sus ojos se encendieron. Le acarició el escote con una mano.

—¿Por qué me vuelves loco? —preguntó.

A ella no le dio tiempo a responder antes de que él la besase con desesperación. Se quitaron el resto de la ropa el uno al otro entre bruscos movimientos y caricias. Amber tembló al sentir la piel cálida de su estómago contra el tuyo cuando se tumbó sobre ella. La sujetó por la mejilla y le mordió el labio antes de seguir besándola por todo el cuerpo. Ella se arqueó, deseosa por sentirlo y aliviar el calor que palpitaba en su cuerpo.

—¿Me estás torturando? —le preguntó.

—No. —Ezra sonrió—. Solo quiero que disfrutes...

Bajó una mano entre sus piernas y la acarició despacio, dejando que ella se tensase y se retorciese en respuesta cada vez que él encontraba ese punto que la hacía temblar. Se agitó descontrolada cuando los movimientos de sus dedos se volvieron más rápidos y el placer la inundó haciéndola gemir. Él atrapó ese sonido con sus labios cuando la besó.

—Creo que no me cansaría de escucharte gemir así en toda mi vida... —susurró, aunque un minuto después se arrepintió de haber dicho esas palabras.

Ezra cerró los ojos, cogió un preservativo y se colocó entre sus piernas antes de hundirse en ella de una embestida. Amber se retorció bajo su cuerpo, deseosa por sentirlo todavía más, y le rodeó las caderas con las piernas cuando él empezó a penetrarla cada vez con más fuerza e intensidad. Sus respiraciones eran lo único que se escuchaba en la habitación. Ezra notaba un temblor apoderándose de todo su cuerpo y era incapaz de no dejarse llevar y recorrer con las manos la piel del cuerpo de Amber, a pesar de que era muy consciente de que cada vez que la tocaba, como si de una reacción química se tratase, algo en su interior estallaba en llamas. Amber era fuego. Y él se estaba quemando. La embistió con desesperación antes de dejarse ir con un gemido ronco que acalló juntando sus labios con los suyos.

—Joder, maldita sea...

Después, el silencio se apoderó de todo.

Amber se quedó quieta debajo de su cuerpo, todavía con las pulsaciones a mil por hora y el corazón atormentándola dentro del pecho. Estaba segura de que él se daría cuenta de que le latía a una velocidad nada normal. Él se movió de repente, como si acabase de despertar de un sueño, y salió de su interior antes de ponerse en pie y desaparecer de la habitación. Ella se quedó todavía tumbada, algo confundida al recordar las últimas palabras que Ezra había pronunciado antes de vaciarse en su interior.

*Joder, maldita sea...*

No estaba segura de si era algo bueno o algo malo. En realidad, ni siquiera sabía qué significaba eso. Se cubrió con la sabana y se dio la vuelta en la cama, dispuesta a dormirse. Notaba el cuerpo cansado y relajado y los párpados se le cerraban.

Él apareció en la habitación de nuevo.

—Tienes que irte, Amber —dijo secamente.

—¿Cómo dices? —Ella lo miró incrédula.

—Es lo mejor —respondió—. Lo siento...

No hizo falta que añadiese nada más antes de que ella se levantara de golpe y se pusiese la ropa interior mientras él evitaba mirarla. Encontró su vestido arrugado a los pies de la cama y se lo metió por la cabeza haciendo un esfuerzo para no echarse a llorar delante del idiota que tenía delante. Debería haberse dado cuenta de ello desde el principio, ¿en qué momento se había dejado engañar por esa sonrisa y dos miradas tontas? Sí, ella sabía que tan solo habían acordado pasar una noche juntos, pero después de la agradable cena y de lo que acababa de pasar entre ellos, no esperaba que la echase de su casa un minuto después como si apenas pudiese soportar la idea de seguir viéndola. El mundo no se habría acabado si la hubiese dejado dormir allí; se habría despertado a la mañana siguiente, temprano, habría desayunado y se habría despedido de él como los dos adultos que eran. Pero, haciendo aquello, Ezra le estaba demostrando la clase de persona que era.

—Amber, esto es complicado... —empezó a decir.

—Ahórrate lo que tengas que decir —lo cortó ella, furiosa, tras conseguir abrocharse la hebilla de los zapatos de tacón. Después de levantó, cogió el bolso y caminó resuelta hasta la puerta. Antes de salir, lo miró—. Y te aconsejo que, si no quieres que monte un espectáculo, lo mejor será que de ahora en adelante no te molestes ni en saludarme si nos cruzamos. Buenas noches.

Recogiendo los pedazos de su orgullo que aún le quedaban, salió del apartamento y caminó recta y decidida hasta su coche. Se metió dentro, arrancó, y cuando se alejó lo suficiente de él, permitió que las lágrimas se escurriesen por sus mejillas.

—No me lo puedo creer —dijo Hollie.

—Pues hazlo, porque no me he dejado ningún detalle en el tintero. Eso es todo lo que ocurrió. Todavía me sorprende que un tío pueda ser así de idiota.

—Un idiota de primera —corroboró Katie.

—Y de segunda, de tercera... a todos los niveles —añadió Amber.

Estaba furiosa. Muy furiosa. Tanto que, aquel día, en vez de quedar con las chicas en la cafetería que solían frecuentar y que estaba delante del local de Ezra, les había pedido si podían verse en otro local parecido que había en el pueblo, porque no soportaba la idea de tener que cruzarse con él. Todavía le escocía ese seco *Tienes que irte, Amber*. Sus palabras se le habían clavado como un aguijón, porque habían sido directas, sin ningún tipo de tacto. Al menos, podría haberse esperado diez minutos antes de tirarla a patadas de su casa como si fuese una chica de compañía o algo así. En todos los años que Amber llevaba teniendo relaciones con hombres, ninguno la había tratado así.

Había conocido al típico alérgico al compromiso, ese que pasaba una noche con ella, se despedía al día siguiente prometiendo llamarla pronto y nunca volvía a hacerlo. También había conocido casos de todo lo contrario, algún hombre que caía rendido a sus pies a la primera de cambio y sin razón y tras una primera noche juntos estaba a punto de pedirle compromiso. Luego estaban los más normales, esos que decidían tener una relación abierta, disfrutar de un rato juntos y, durante el resto del tiempo, ser buenos amigos. Ella había dado por hecho que Ezra pertenecería al último grupo, principalmente porque vivían en un pueblo muy pequeño y estaban casi condenados a verse semanalmente y, además, porque después de lo cómodos que habían estado durante la cena el uno con el otro, no esperaba ese trato tan hostil por su parte.

—Cielo, no sabes cuánto lo siento —dijo Katie.

—No tienes que sentirlo...

—Pero nosotras te animamos a esto —insistió.

Amber inspiró profundamente para coger aire.

—Lo habría hecho de todos modos. Tenía ganas de pasar una noche así y, además, es cierto que Ezra me atraía. Era imposible poder prever esto, pero, ¿sabéis qué? No me importa. Me da completamente igual —mintió—. Lo disfruté y, ahora, haré como si nunca hubiese pasado. Desde este momento, para mí Ezra es un desconocido más. De hecho, voy a empezar a llamarlo *Desconocido*.

Hollie la miró apenada y le dio un apretón en la mano.

—Con nosotras no tienes que ser fuerte, Amber.

—No soy fuerte, solo estoy decidida a ignorar a *Desconocido*.

Katie se echó a reír a pesar de intentar evitarlo.

—Perdona. Sé que no es un tema gracioso.

—No te preocupes, prefiero eso a pasarme la tarde llorando.

—¿Al menos estuvo bien? —se atrevió a preguntar Katie.

—Me cuesta ser objetiva, pero supongo que sí, que estuvo bien, demasiado bien. Es raro, ¿pero nunca habéis tenido la sensación de que hay personas con las que existe algún tipo de química inexplicable?

—Con tu hermano. —Katie sonrió.

—Por favor, no entres en detalles —pidió Amber y se fijó en cómo Hollie desviaba la mirada rápidamente—. Pues la cuestión es que, por desgracia o ironías del destino, yo tengo química con Ezra. Así que fue como si la habitación se incendiase mientras lo hacíamos, creo que sería una buena forma de explicarlo. Y no hizo falta que hiciese nada fuera de lo normal, solo sé que cada caricia la sentía multiplicada por mil.

—Eso que te llevaste —dijo Katie.

—Pues sí. Pero a partir de ahora, no volveremos a hablar de *Desconocido*, será como si nunca hubiese ocurrido. Debería haber elegido a Gabriel...

—Bueno, todavía estás a tiempo de conocerlo mejor.

—La última vez que lo vi lo dejé plantado en el local.

—Parece un chico agradable, de los que buscan una relación más seria —dijo Katie—. Puede que sea eso lo que necesitas ahora mismo, Amber.

—Puede que sí —suspiró con pesar.

No es que se hubiese hecho ilusiones de mantener una relación seria con Ezra, porque ella sabía dónde estaban sus límites. En primer lugar, porque ni siquiera le caía bien y mantener una relación duradera con alguien con quien se pasaba el día discutiendo no era su idea de algo estable y sólido y, en segundo lugar, porque no era el tipo de hombre que buscaba, ella quería a alguien que le diese seguridad y confianza, un apoyo, un compañero, una persona con la que pudiese tener una relación como la que su hermano James y Katie mantenían, por ejemplo, de igual a igual.

A Amber no le gustaba reconocerlo, pero era cierto que a menudo envidiaba lo que ellos tenían, no porque deseara que no fuese así, sino todo lo contrario, porque deseaba también encontrar algo similar. Le gustaba ver cómo se sonreían y cómo rozaban las manos para pasarse la mantequilla de buena mañana, por ejemplo. Le gustaba verlos mirarse de reojo cuando estaban en algún lugar rodeados de gente y esa capacidad que los dos tenían a la hora de poder comunicarse sin apenas palabras.

Suspiró sonoramente y agachó la cabeza.

—Estoy gafada en el amor y en el sexo, es oficial.

—¡No digas tonterías! —exclamó Katie.

—¿Y si tú estás gafada, entonces qué será de mí...? —Hollie torció el gesto, pero luego se echó a reír de repente—. Vamos, las dos sabéis que... sabéis que yo...

—Lo sabemos. —Katie se adelantó al ver el sonrojo de Hollie. Hasta la fecha, no había llegado a mantener relaciones íntimas con un hombre, a pesar de que era una chica guapa y dulce, pero también muy tímida—. Y también sabemos que algún día encontrarás a tu príncipe azul, seguro que cuando menos te lo esperes.

—Lo dudo. Amber tiene razón, este pueblo es demasiado pequeño.

—Y todos los que valen la pena están pillados.

—No seáis melodramáticas —les riñó Katie—. La vida está llena de sorpresas. Ya lo veréis. ¿Quién sabe...? Quizá sea mañana o pasado o dentro de tres meses, ¡ahí está la gracia! Pero puedo aseguraros que ocurrirá. Confíad en mí, sabéis que soy un poco bruja.

—Y tan bruja —masculló Amber antes de que las tres se echasen a reír a la vez.

Durante la siguiente semana, Amber evitó todo lo posible tener que cruzarse con Ezra. Iba al supermercado a primera hora de la mañana, cuando sabía que él estaba en el taller, a pesar de que normalmente siempre solía hacerlo al final de la tarde. Dejó de frecuentar la cafetería que estaba delante de su negocio y ese fin de semana se quedó en casa viendo una película con un enorme tazón de palomitas lleno a rebosar y sobre las piernas. Se las comió una tras otra sin apartar la mirada de la pantalla, a pesar de que no podía ignorar que, en cuanto dejaba de estar ocupada, sus pensamientos se desviaban como si no ejerciese control sobre ellos y rememoraba una y otra vez lo que había ocurrido el día de la cita, porque, pese a todo, todavía no lograba comprenderlo.

Todo había ido muy bien. La cena, la conversación, lo que llegó después...

¿Por qué, entonces, él había sido tan seco a la hora de echarla de inmediato?

Se dedicó a sí misma el siguiente domingo, dándose un baño, aplicándose una mascarilla nueva que había comprado online unas semanas atrás y poniendo música de fondo, aprovechando que aquel día Katie y James habían salido a pasarlo fuera y disfrutar del buen tiempo que hacía. Cuando terminó todavía eran las cinco de la tarde y el sol brillaba en lo alto del cielo azul y sin nubes; estaba tan aburrida que decidió que iría caminando a visitar a Hollie para matar el tiempo. Se puso unos vaqueros cortos y cómodos y una camiseta de tirantes antes de calzarse las zapatillas de deporte y salir al exterior.

Anduvo por el camino de tierra que conducía hacia el pueblo a paso rápido. Hacía calor, pero el ejercicio le vino bien como si estuviese despertando después de pasarse toda la semana encerrada en casa y un poco deprimida. Al llegar al pueblo, tomó la primera calle a la derecha. A pesar de que el corazón empezó a latirle con fuerza ante la idea de poder tropezarse con Ezra, por suerte eso fue algo que no llegó a ocurrir. Llamó al timbre de Hollie y un minuto después, tras contestar con una voz rara, ella le abrió.

Amber se quedó alucinada al ver el aspecto que tenía su amiga. Tenía los ojos hinchados y rojos después de tanto llorar y las mejillas todavía encendidas. La abrazó de inmediato antes de preguntarle nada y dejó que se desahogase en sus brazos.

—¿Qué ha ocurrido, Hollie?

—Es él. Logan Quinn.

—¿Te ha hecho algo ese idiota?

—No. Sí. Bueno, en realidad me lo hizo hace tiempo... —Amber asintió porque sabía bien que, cuando iban al instituto y eran jóvenes, Logan se había burlado de Hollie en varias ocasiones, algo que su amiga nunca le había perdonado—. Pero es algo más de lo que ya sabes. Es... ocurrió algo... —admitió por fin.

—¿De qué estás hablando?

—Me daba vergüenza contároslo.

Amber se mordió el labio inferior, preocupada, al tiempo que las dos se sentaban en el sofá del salón. Cogió de la mano a Hollie para apretársela e infundirle ánimo.

—Me lo he encontrado hace un rato y hemos tenido una discusión. Ni siquiera me dolería si no fuese por todo lo que me hizo sufrir...

—Cuéntamelo, Hollie. Puedes confiar en mí.

Amber le quitó el pelo de la cara con cariño.

—¿Recuerdas el baile de fin de curso? —Su amiga asintió—. Resulta... resulta que, aunque Logan siempre se estaba metiendo conmigo a veces no podía evitar pensar que lo hacía solo para protegerse, por los rumores que corrían sobre la infancia difícil que había sufrido, ya sabes. Así que, aunque jamás lo hubiese admitido en voz alta, puede que estuviese un poco enamorada del chico atormentado y malo que al final de la película siempre termina cambiando y convirtiéndose en un héroe...

—Oh, Hollie, debiste decírnoslo...

—Ni siquiera me lo perdonaba a mí misma.

—No tienes que perdonarte nada que sientas.

—Ya lo sé, pero era joven y estúpida. Así que, cuando al año siguiente él me pidió que lo acompañase al baile de fin de curso, acepté. Y cuando me comentó que no se lo dijese a nadie,

porque él acababa de cortar con una chica y no quería hacerle daño antes de tiempo, no sospeché nada. Pero, entonces, esa noche... esa noche... —Se echó a llorar.

—Cariño... —Amber la abrazó y le frotó la espalda de arriba abajo—. Vamos, sea lo que sea lo que ocurrió ha pasado mucho tiempo y Logan ya no tiene poder sobre ti.

—Sí que lo tiene —dijo en sollozos.

—Termina de contarme qué pasó.

—Yo os dije que iría sin acompañante, porque él me pidió que no se lo contase a nadie. Eso fue lo peor de todo, tener que mentiros y luego no saber cómo deshacer esa mentira porque me avergonzaba confesaros la verdad. Así que me recogió en mi casa a las siete, como habíamos quedado, pero en vez de conducir hacia el baile, se dirigió hacia un claro del bosque que no está muy lejos de aquí.

Amber empezó a asustarse y se llevó una mano al pecho.

—Hollie, ¿qué ocurrió?

—Yo me había gastado todos mis ahorros en un vestido que vi meses atrás en una tienda, era azul y creo que ese día fue la primera vez que me vi guapa delante del espejo, cuando me miré antes de salir de casa. Supongo que por eso cuando Logan me besó, no sospeché nada. Debería haber sabido que un chico como él jamás podría llegar a estar con alguien como yo. Todavía recuerdo las gafas que llevaba y el aparato...

—Cariño, no digas esas cosas. —Amber la miró suplicante—. Eres y siempre has sido preciosa. Por favor, continúa.

—Al principio fue raro. Él estaba tenso y casi a la defensiva, pero después... empezó a ser más tierno, casi como si de verdad le gustase. Yo fui una tonta y dejé que me tocase y que me acariciase porque en ese momento me gustaba. Todo era como siempre deseé que fuese mi primera vez. Había empezado a anochecer y, entonces, de repente, casi cuando estábamos a punto de hacerlo, Logan paró de repente. Me miró, callado, y me asusté al verlo tan serio. Cuando le pregunté qué le ocurría, fue a contestar, pero justo en ese momento aparecieron alrededor del coche un montón de chicos del último curso, amigos suyos, rodeándolo. Por suerte, aún llevaba el vestido puesto y solo tuve que bajarme la falda y subirme los tirantes.

Logan salió del coche y, entre las risas de los demás, uno le preguntó si había cumplido la apuesta. Y entonces lo entendí todo...

—Dios mío, Hollie... —Amber cerró los ojos y, cuando los abrió, estaban llenos de furia—. Te juro que, si vuelvo a ver a ese idiota cerca, no sé lo que le haré...

—Por suerte, Logan tuvo la *decencia* de admitir que no había cumplido la apuesta y que no había terminado de ocurrir nada entre nosotros —escupió—. Les hizo prometer que lo olvidarían todo y que me dejarían en paz, ya que había perdido. Fue horrible, Amber. Me marché de allí caminando, porque no podía soportar subir en su coche y estar cerca de él. ¿Cómo pude pensar que le gustaba? Si ni siquiera tiene corazón...

—Eres humana, Hollie. Y confiada y muy buena, la culpa no es tuya, sino de ese imbécil y no me extraña que te niegues a perdonarle. Lo que hizo es horrible. Jugar consigo así... Deberías habérselo contado, porque te habríamos apoyado.

—No podía. Me sentía muy humillada.

Amber intentó recordar y supo exactamente cuándo había ocurrido al echar la vista atrás y caer en la cuenta de esas semanas que Hollie había pasado más callada y retraída de lo normal, casi sin querer relacionarse con ella y con Katie.

—Desde entonces no puedo confiar en ningún otro hombre. Me da pavor, en cuanto empiezo a intimar con ellos me entra un ataque de ansiedad...

—Es comprensible, Hollie.

—Odio que Logan haya vuelto.

—Yo también, cariño. —La abrazó—. Pero ahora nos tienes a nosotras, ya no tendrás que volver a lidiar con todo esto tú sola, ¿de acuerdo?

Hollie asintió con la cabeza.

—Gracias —le susurró.

El lunes, muy a su pesar, Amber se vio obligada a ir al pueblo. Intentaba evitar hacerlo, aunque, en su fuero interno, era consciente de que, cuando más retrasase volver a encontrarse

con Ezra tras el extraño suceso que había sucedido entre ellos, peor sería luego el impacto al hacerlo. Solo de pensarlo, ya le latía el corazón acelerado.

Sin embargo, tenía que acercarse a la tintorería para recoger todo el material del rancho que habían dejado para lavar la semana anterior. Por desgracia, su hermano James y los demás trabajadores, estaban ocupados y no iban a tener ni un hueco libre a lo largo de la mañana para desplazarse al pueblo. Así que terminó acudiendo ella.

Entró en la tintorería y dio el número de su pedido. Mientras esperaba apoyada en el mostrador, escuchó lo que comentaban las dos dependientas de la tienda.

—Sí y ahora le ha dado trabajo en el taller.

Inmediatamente agudizó el oído.

—¡No me digas! ¿Acaso se conocían?

—No que yo sepa —La otra se encogió de hombros—. Quinn se fue de aquí antes de que Ezra llegase, si no recuerdo mal. Deben de haberse cruzado por casualidad.

Amber no pudo evitar inmiscuirse.

—Perdonen, ¿de qué están hablando?

La más cotilla de las dos sonrió ante la posibilidad de poder contarle lo poco que sabían y se acercó a ella en actitud confidencial, aunque de eso era evidente que tenía poco.

—Ezra, el mecánico, le ha dado trabajo a Logan Quinn como ayudante.

—¿QUÉ?! ¡No puede ser! —exclamó.

—Así es. Ha empezado hoy mismo, porque ha venido aquí a recoger la ropa del taller mecánico en nombre del jefe y, por lo que ha comentado por teléfono, luego tenía más recados que hacer en el pueblo vecino al ir a por unas piezas.

*No me lo puedo creer,* se dijo Amber.

Aquello era terrible. De todas las personas del planeta tierra, el señor *Desconocido* tenía que contratar al hombre más terrible que había pisado Sound River durante las últimas décadas. Y no era solo por lo que Logan le había hecho a su amiga, era porque él siempre había tenido mala fama y se rumoreaba que había terminado entre rejas o metido en problemas durante los años que había estado ausente en el pueblo.

Amber esperó impaciente hasta que le devolvieron las bolsas llenas de ropa y, después de montar en el coche, muy a su pesar, puso rumbo a cierto taller de cierto chico que conocía mejor de lo que deseaba hacerlo. Puede que no soportase la idea de volver a verlo, pero cuando alguna de sus amigas estaba involucrada de por medio, Amber era capaz de olvidar todos sus deseos y ponerse su capa de justiciera.

Ezra terminó de limpiarse las manos llenas de grasa en el lavabo y luego regresó al taller mientras se las secaba en un trapo. Bajó el capó del vehículo que había terminado de reparar y entró en su despacho para empezar a rellenar los papeles correspondientes de la factura antes de llamar al propietario para avisarle de que ya estaba listo.

Suspiró profundamente con la vista fija en el folio que tenía delante, mientras mordisqueaba el bolígrafo con el ceño fruncido, y pronto se dio cuenta de que no se estaba enterando de nada de lo que leía porque volvía a estar pensando en ella. Otra vez. Se frotó la cara, agotado, e intentó despejarse. Pero no podía hacerlo.

Estaban siendo unos días muy difíciles...

Y justo cuando ese pensamiento cruzó por su cabeza, llamaron a la puerta con los nudillos, pero, antes de que él pudiese invitarle a pasar, se abrió de golpe y Amber apareció delante de él, colándose en el diminuto despacho y mirándolo desafiante. Ezra tragó para deshacer el nudo que tenía en la garganta al verla así, hecha una furia y con ese brillo en los ojos. Se odió por pensar que estaba preciosa.

—¿Cómo has podido contratarlo?!

Puede que eso sea lo último que esperaba que le dijese. Había pensado que en algún momento aparecería delante de sus narices para gritarle por lo idiota que había sido el sábado anterior al echarla así de su casa, pero en cambio durante todos aquellos días solo había recibido silencio e indiferencia, que era algo casi más doloroso, y ahora ella se presentaba allí hablándole de un tema que no tenía nada que ver...

—¿Te refieres a Logan? —preguntó confundido.

—¡Me refiero al demonio! Pero, sí, creo que en la tierra lo conocen como Logan Quinn. Por si no te has enterado, ese chico le hizo la vida imposible a una de mis mejores amigas y es la peor persona que ha pisado este pueblo, robándote a ti el puesto número uno y relegándote al dos en el pódium de tipos idiotas a los que evitar.

La mirada de Ezra se oscureció mientras se levantaba.

—No alces la voz —la advirtió—. Y ese tal Logan del que hablas es ahora parte de mi negocio, así que cuidado con lo que dices...

—¿Cómo puedes ser así? —gritó.

—No estoy haciendo nada que...

—¡Claro que lo estás haciendo! Tus actos, todos los actos, tienen consecuencias —dijo furiosa—. Eres un egoísta y un irresponsable.

—¡Basta, Amber! Estás yendo demasiado lejos.

Pero ella no podía parar, porque de repente ya no era solo por Logan, era por lo poco valorada que se había sentido la pasada noche, delante de él, tan expuesta ante sus ojos.

—¡Tú a mí no me mandas callar!

—Estás en mi despacho.

—¡Échame, entonces! —lo provocó.

El azul de sus ojos adquirió uno tono diferente mientras avanzaba hacia ella en la reducida habitación y Amber se veía obligada a apoyar la espalda en la puerta que seguía cerrada. Ezra se inclinó sobre ella, preguntándose qué hacer, si cogerla en brazos en ese mismo instante y echarla de allí por ponerse a montar el número en su negocio, o si besarla hasta dejarla sin respiración...

No supo en qué momento, su cuerpo, sin pedirle permiso, se decantó por la segunda opción. Pero un minuto antes estaba mirándola enfadado y respirando agitado y al minuto siguiente sus labios chocaron contra los suyos y la besaron como si necesitase ese contacto para seguir manteniéndose en pie. Algo se agitó en su pecho ante el contacto y cerró los ojos, dejándose llevar por el calor de su aliento, razón por la que no fue capaz de ver y evitar la mano de Amber que chocó con su mejilla.

—No te atrevas a tocarme... —masculló.

—Amber... —La miró confundido—. Yo solo...

Ella supo que el peor desprecio que existiría para él sería que se diese la vuelta y ni siquiera se molestase en mirarlo una última vez. Así que eso hizo. Sin echar la vista atrás, abrió la puerta, salió y volvió a cerrarla dando un portazo. Casi a punto de abandonar el taller, tropezó con

Logan Quinn, que tenía una mirada oscura y reservada, a la que ella contestó casi con un gruñido.

—¡Eres un ser despreciable! —gritó y luego se marchó.

Ezra se quedó quieto en medio del despacho, todavía con la mejilla dolorida y con los labios calientes tras rozar los suyos con ellos. Respiró profundamente para intentar calmarse, porque se sentía desbordado y hacía muchos años que él no volvía a enfrentarse a emociones así. Apenas soportaba perder el control y no saber cómo reaccionar o qué hacer. Abrió los ojos cuando Logan entró en el despacho.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. Una chica acaba de decirme que soy despreciable. Creo que era Amber, la hija de los Faith, ¿no?

—Sí, la misma —dijo.

—¿Está loca?

—Un poco.

Ezra lo miró con incomodidad antes de dar la vuelta al escritorio y sentarse en su silla. Esperó hasta que Logan también se sentó delante de él y lo observó muy serio.

—Venía a hablarme de ti. No términos positivos.

—Ya me imagino... —Logan suspiró—. Como te dije, hice cosas de las que no me siento orgulloso en el pasado y si pudiese cambiarlo...

—No hace falta que sigas. —Ezra lo miró fijamente—. Confío en ti. No me falles.

Logan asintió y salió poco después del despacho.

Ezra se quedó un rato más allí, doblando con los dedos la esquina de un papel sin dejar de pensar en todo. Había contratado a Logan la semana anterior después de enterarse de la fama que tenía en el pueblo y de saber que, por cuestiones familiares que Ezra respetaba, necesitaba ese trabajo con urgencia. A pesar de que estaba seguro de que habría hecho cosas horribles tiempo atrás, tenía la certeza de que no era un mal chico.

Y en cuanto a Amber...

Ezra torció el gesto.

Llegar a una conclusión relacionada con ella era una tarea mucho más complicada que no estaba por la labor de hacer. ¿Qué le ocurría? La noche que había pasado con ella había sido

perfecta, mucho más de lo que pretendía en un principio. Por alguna razón, había dado por hecho, que ella era tan solo una chica con una cabeza hueca que le atraía y con la que se entretenía picándola, pero, lamentablemente, era mucho más. No solo era inteligente, sino también divertida, con una mirada aguda y una lengua afilada que lo retaba a contestarle cada vez que abría la boca. Y su boca... era increíble lo mucho que Ezra necesitaba besarla cada vez que la tenía cerca, como esa misma mañana.

Ya durante la cena se había dado cuenta de que estaba metiéndose en un terreno peligroso. Pero, cuando después fueron a su apartamento, y dejó de pensar para concentrarse en sus caricias, en su piel y en su aroma femenino, supo que tenía que tener cuidado. Y cuando por fin estuvo dentro de ella... entonces se dio cuenta de que estaba completamente perdido.

Ezra no creía en los flechazos, ni mucho menos sobre una persona con la que llevaba discutiendo durante todos esos años que llevaba viviendo en Sound River, pero al estar en contacto con su cuerpo se había sentido como si un lazo acabase de atarlos a los dos y se fuese cerrando cada vez más ante cada movimiento para mantenerlos unidos. Cuando terminó y se dejó ir entre jadeos de placer, asustado por esas emociones que estaban atormentándolo, tan solo fue capaz de decir *Joder, maldita sea...*, y después su instinto de supervivencia le gritó que tenía que deshacerse de ella lo antes posible si no quería acabar entre sus redes. Si hubiese hecho caso de lo que le pedía su cuerpo, probablemente habría vuelto a hacerle el amor un par de veces más antes de dormirse junto a ella con las piernas entrelazadas, pero Ezra estaba demasiado confundido como para poder soportar aquello y la única escapatoria que había encontrado fue la de pedirle que se marchase.

Y desde entonces no podía quitarse de la cabeza la mirada dolida y cargada de palabras no dichas que ella le había dirigido antes de levantarse e irse.

Las tres estaban sentadas en la orilla del río tomando el sol tras haberse dado un chapuzón rápido. Era mediodía y Hollie había llevado algunos sándwiches para que se los comiesen mientras pasaban un par de horas juntas antes de volver al trabajo. Katie volvió a ponerse un poco más de crema bronceadora y Amber se dio la vuelta en la toalla para que le diese el sol en la espalda.

—No me puedo creer lo que has hecho —repitió Hollie—. ¿Gritaste mucho? Porque entonces es probable que en unos días lo sepa todo el pueblo, si alguien pasaba por delante del taller en ese momento.

—No me importa lo que piensen.

Amber se encogió de hombros y después suspiró mientras arrancaba las hierbas que estaban a su alrededor con la mano y gesto pensativo. En ese momento había estado tan furiosa que ni siquiera era demasiado consciente de lo que decía cuando alzaba la voz. Había pasado un día y ella seguía sin entender por qué Ezra la había vuelto a besar después de lo que había ocurrido en su casa semanas atrás, ¿a qué estaba jugando? Puede que se tratase todo de eso, un juego para él, la manera de sacarla de quicio, como una especie de venganza personal, aunque Amber no acertaba a averiguar por qué lo hacía.

—¿Qué vas a hacer con él? —le preguntó Katie.

—¿Con el señor *Desconocido*? —La otra asintió, sonriendo—. Nada. Ignorarlo. Es una pena que este pueblo sea tan pequeño, ojalá viviese en una ciudad para no tener que ver esa cara suya a todas horas. —Se estremeció al recordar sus ojos.

—Créeme, te entiendo. —Hollie suspiró.

Katie la miró con compasión. Hollie le había contado también su historia, haciéndola partícipe del percance que había sufrido años atrás y, como era de esperar, Katie había reaccionado justo igual que Amber; abrazándola y preguntándole por qué no se lo había confesado antes, puesto que las dos habrían estado más que dispuestas a ayudarla en todo lo que necesitase. No era justo

que hubiese pasado por ese mal trago ella sola. Sin embargo, entendían que Hollie era una chica tímida y muy retraída, a veces había que sacarle las palabras a la fuerza.

Amber se dio la vuelta en la toalla, bajo el sol abrasador de aquel verano que estaba siendo cálido y sofocante. Se quedó mirando las nubes que atravesaban el cielo azul y una idea le llegó de repente, como un zumbido que no podía ignorar, porque, en el fondo, llevaba demasiado tiempo pensándolo y retrasándolo.

—Creo que voy a mudarme —confesó.

—¿Cómo dices? —Katie se incorporó de golpe.

—Sí, hace meses que le doy vueltas y ha llegado el momento de hacerlo. No quiero pasarme la vida viviendo en el rancho y no es por vosotros, es que necesito mi espacio y mi intimidad y, sobre todo, aunque parezca una tontería, que mi lugar de trabajo no esté en mi casa.

Notó que se quitaba un peso de encima al decirlo en voz alta a pesar de que ya había hablado antes con Katie sobre aquello. Tal como había previsto, su amiga la miró con la frente arrugada y los ojos entornados mientras negaba por la cabeza.

—¡No puedes irte! ¡No es justo! En todo caso, nos mudaremos James y yo...

—Eso es lo último que querría. Ya te lo he dicho, quiero distanciarme de mi lugar de trabajo. Katie, he vivido siempre en ese rancho, desde pequeña, sigo usando la misma habitación y hasta hace unos meses todavía tenía pósters detrás del armario de ese cantante que terminó en la ruina. Necesito un cambio de aires, ¿entiendes?

Katie apretó la boca, pero Hollie sacudió la cabeza para instar a su amiga a dar su brazo a torcer. Finalmente, sin mucho ánimo, asintió con la cabeza.

—Lo entiendo. Es solo que no puedo evitar sentirme culpable por haber invadido tu espacio y ese lugar es tanto tuyo como James...

—Y lo seguirá siendo. Deja de preocuparte —insistió—. Me apetece tener mi propio apartamento, solo mío, sin trabajadores cerca ni nadie más. Será algo temporal, hasta qué decida qué es lo que estoy buscando y quiera asentarme del todo.

—Me parece bien —le sonrió.

—Te ayudaremos a buscar algo —dijo Hollie.

—Eso sería genial, porque dudo que en el pueblo encuentre demasiadas opciones. Mañana mismo me acercaré al ayuntamiento a preguntar.

—Te acompañaremos —concluyó Katie.

Un hombre de rostro serio y colorado les atendió cuando llegaron preguntando por las propiedades que el ayuntamiento tenía disponibles. Amber sabía que había dos personas que alquilaban sus casas en un ala del pueblo de forma privada, pero las dos casas eran demasiado grandes para ella, con tres o cuatro habitaciones que no necesitaba, perfectas para que una familia entera entrase a vivir. Ella buscaba algo más pequeño y recogido. El hombre abrió una carpeta y les enseñó algunos de los lugares que estaban disponibles.

El primero apenas tenía luz, el pasillo era muy estrecho y la habitación daba un poco de miedo a causa de la diminuta ventana que estaba al lado de un cuadro tenebroso. Amber lo desechó rápidamente negando con la cabeza. El segundo apartamento era más adecuado, aunque el baño dejaba mucho que desear e iba a tener que gastarse todos sus ahorros en productos de limpieza si quería ser capaz de ducharse alguna vez allí. El tercero, en cambio, era perfecto. El suelo de madera, las paredes blancas y recién pintadas, una cocina que no era grande, pero resultaba perfecta para ella y un dormitorio sencillo y bien iluminado. Amber giró la cabeza hacia un lado sin dejar de mirar las fotografías y se mordió el labio con gesto pensativo y el ceño fruncido. Por alguna razón le resultaba un poco familiar... muy familiar... casi tanto como...

—¡Es el piso de Ezra! —exclamó de repente.

—¿Qué estás diciendo? —Katie la miró.

—No *su* piso, pero casi igual.

—¿Dónde ha dicho que está ubicado? —preguntó Hollie con dulzura.

—A dos calles de aquí, enfrente de la pastelería.

—¡Mierda! —Cerró los ojos—. ¡Dichosa suerte la mía!

—No me lo puedo creer... —dijo Hollie.

Amber continuó unos segundos observando las fotografías, absorta en lo hermosa que era la cortina que ondeaba en el gran ventanal de la cocina y lo confortable que resultaba el pequeño salón ya amueblado, con todo lo necesario a su disposición. Torció la boca.

—¡Pues me lo quedo! —dijo alzando la voz—. No me importa tenerlo como vecino. El apartamento es precioso, no pienso darle la satisfacción de meterme en ese zulo —añadió señalando el primer lugar que les había enseñado.

—¡Bien dicho! —exclamó Katie.

—Te ayudaremos con todo. —Hollie le sonrió.

Ezra soltó un gruñido y escondió la cabeza debajo de la almohada. La noche anterior se había acercado al local a tomarse un par de copas con Logan, su nuevo ayudante en el taller, y por alguna estúpida razón tenía la idea de encontrar allí a Amber y poder hablar con ella. Pero no hubo rastro de la chica en toda la velada y terminó bebiendo más de lo debido e ignorando las llamadas de su mujer que, como siempre, eran constantes.

Cerró los ojos con fuerza al escuchar un taladro al otro lado de la pared.

Después los abrió, cuando recordó que al otro lado de la pared no vivía nadie.

Se levantó de la cama sin muchas ganas y se frotó la cara, cansado, mientras salía al pasillo y miraba por la mirilla de la puerta. El rellano estaba lleno de cajas de cartón apiladas, entre otros muchos trastos. Abrió la puerta, dispuesto a presentarse, pero cerró la boca en cuanto se encontró con esos ojos claros.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Hola, *vecino desconocido* —dijo ella.

—Amber... —Él se apartó cuando una chica rubia pasó por su lado cargada con una caja de cartón y casi le da a propósito un codazo en el estómago—. ¿Cómo se te ocurre?

—Buscaba un apartamento y este es el mejor de todos los que vi.

—No puedes quedarte aquí —jadeó. No estaba seguro de poder seguir controlándose y evitándola sabiendo que estaría apenas a unos metros de distancia. Movi6 la cabeza a un lado y la mir6 con intensidad—. ¿Estás acosándome?

—¿Acosándote yo? ¡Ja! Ya te gustaría. Sigue soñando.

No dijo nada más antes de meterse en el apartamento. Ezra dudó, sin saber si entrar sería lo más adecuado, sobre todo cuando había algunas personas a su alrededor, incluido su hermano, que parecía estar dentro taladrando las paredes y dispuesto a no dejarle dormir. Enfadado, sabiendo cuándo una batalla estaba perdida, se dio la vuelta y regresó a su casa dando tres grandes zancadas. Cerró la puerta con un portazo sonoro que retumbó en todo el edificio.

Luego, se preparó una taza de café y se sentó en la mesa de la cocina, pensativo, intentando decidir qué iba a hacer a partir de entonces. Su móvil volvió a sonar, pero estaba tan cabreado que esa vez no tuvo paciencia para ignorarlo.

—¿Qué quieres, Lisa? —preguntó cansado.

—Te quiero a ti, ya lo sabes —respondió ella.

Ezra puso los ojos en blanco y se terminó el café de un solo trago. Se levantó y dejó el vaso vacío dentro de la pila de la cocina.

—Solo me quieres porque no puedes tenerme.

—Eso también —contestó con una risita seductora—. Pero sabes que sigues sintiendo algo por mí. Llevamos toda la vida juntos, Ezra, estamos destinados a estarlo.

Él cogió aire antes de apartarse el teléfono de la oreja y colgar sin despedirse. Se quedó un rato sentado, escuchando los ruidos que venían del otro lado de la puerta, antes de irse a trabajar. Cuando llegó, por suerte para él después de la noche que había pasado, Logan ya había abierto y estaba atendiendo a un cliente.

Durante toda la jornada, Ezra estuvo serio.

Se tomó una pastilla para el color de cabeza casi cuando estaba a punto de cerrar, tras decirle a Logan que podía marcharse antes, y regresó a su apartamento. Al subir, no pudo evitar fijar la mirada en la puerta de al lado. No se oía nada. Tampoco se escuchó nada durante el resto de la noche. Se hizo algo para cenar y vio un programa en la televisión para intentar distraerse, aunque no lo consiguió. Sin darse cuenta, terminó quedándose dormido en el sofá, hasta que escuchó unos ruidos y se despertó sobresaltado.

Los ruidos venían del exterior.

Miró su reloj y se dio cuenta de que eran las tres de la madrugada. Después se levantó y fue hasta la puerta de la entrada. Acercó el ojo a la mirilla y vio a Amber, acompañada por el mismo hombre con el que la había visto semanas atrás en el local. No paraba de reír y de tambalearse encima de unos tacones altísimos, era evidente que estaba borracha.

Ezra sintió que se quedaba sin aire.

Apretó los puños, cerró los ojos y apoyó la frente en la puerta, que estaba fría, con la intención de calmarse lo suficiente como para no abrir de un tirón, cruzar al piso de al lado y

montar un espectáculo. Él no tenía ninguna razón para hacerlo. Solo había pasado una noche con ella, y no había acabado precisamente bien.

Los minutos corrieron lentamente...

Dejó de escuchar nada al otro lado.

Estaba a punto de salir, incapaz de seguir aguantando la rabia que le atenazaba los músculos, cuando la puerta volvió a abrirse de golpe. Esperó. El chico salió mientras maldecía por lo bajo. Ella apareció tras él disculpándose por haberle hecho perder el tiempo, pero no hubo respuesta ante ese comentario. Ezra respiró aliviado, sin moverse, y de repente ella clavó sus ojos en la puerta, justo donde él se encontraba, casi como si pudiese saber que estaba allí mirándola. Pero eso era imposible, se dijo.

Estuvo tentado de abrir, cogerla de la mano y meterla de un tirón en su apartamento para comérsela a besos y pasar toda la noche con ella, pero al final recobró el sentido común y se apartó a un lado antes de irse a dormir con una sensación de angustia en el interior del pecho que significaba que algo iba mal.

Puede que en el fondo ella le importase...

Si no fuese así, ¿por qué habría sentido la necesidad de interrumpir lo que sea que pudiese pasar con ese otro tío? Y Ezra estaba seguro de una cosa: no habría sido capaz de aguantar mucho tiempo más antes de aporrear su puerta.

A la mañana siguiente, Amber se despertó con el estómago todavía encogido. Se sentía confusa. Se quedó mirando el techo de su nueva habitación mientras torcía los labios en un mohín. La noche anterior se había arreglado y se había ido al local con la intención de celebrar junto a sus amigos que, por fin, se había independizado. Al llegar, se había tomado un par de copas junto a Hollie, que estaba animada, y después había terminado hablando con Gabriel y pidiéndole disculpas por haberse marchado así la otra noche. Él se había mostrado encantador y le había dado conversación durante toda la velada. Cuando acordaron tomar una última copa juntos en su apartamento, ella pensó que sería una buena idea. Gabriel era atractivo; tenía una sonrisa bonita y unos ojos llenos de encanto, y Amber llevaba mucho tiempo deseando

encontrar a alguien con el que poder compartir su vida y empezar a crear algo en común. Por eso le dijo que sí.

Sin embargo, cuando llegaron a su apartamento, tras un primer momento de risas ante la incomodidad del momento, ella se había ido a la cocina en busca de las copas que aún tenía guardadas en una caja de cartón y él había aparecido a su espalda sin avisar y le había empezado a dar pequeños besos en el cuello. Debería haber sentido un estremecimiento de deseo o mariposas en el estómago, pero solo sintió un escalofrío nada prometedor. Amber se apartó, sin saber qué le ocurría, y apenas reaccionó cuando él la besó en los labios y se pegó a ella. No estaba sintiendo nada. O sí, algo desagradable en la boca del estómago antes de apartarlo de un empujón.

—Lo siento —le había dicho.

Él la había mirado furioso, diciéndole algo así como que no calentase un plato de comida si en realidad no tenía intención de comérselo. Había cogido su cartera y se había largado hacia la puerta con un humor de perros. Ella había tratado de disculparse, pero Gabriel no parecía haberse tomado a bien su reacción y ni siquiera le contestó.

Una vez se fue, Amber se quedó mirando la puerta de enfrente, preguntándose por qué no podía haberse sentido como con Ezra, ese fuego, esa calidez en contacto con su piel, esas ganas de que los besos durasen siempre un poco más...

Terminó cerrando de un portazo.

Ahora, decidió que pasaría todo el domingo reorganizando el caos que tenía en la casa, sacando las cosas que aún estaban guardadas, colgando la ropa del armario y descansando. Cuando el cielo empezó a oscurecerse a última hora de la tarde, Amber estaba agotada y acababa de darse una ducha tras pasarse el día trabajando. Suspiró cuando llamaron al timbre de la puerta y se dirigió hacia allí descalza y todavía con el albornoz.

Era Ezra, sonriente y tan guapo como siempre.

—He pensado que ya va siendo hora de hacer las paces —dijo—. Y creí que sería más fácil conseguirlo si traía un poco de comida china y te invitaba a cenar.

Amber fijó la mirada en las bolsas que llevaba en las manos.

—¿Comida china?

—Del mejor restaurante del pueblo.

—Pero si solo hay uno...

—Por eso mismo —respondió.

Antes de que ella pudiese negarse, él entro en su apartamento y dejó las bolsas en la cocina, respirando entrecortadamente tras darse cuenta de que ella estaba desnuda debajo del albornoz. Tuvo que hacer un esfuerzo cuando se giró y la miró para no desatarle el nudo y hacerle el amor allí mismo, en la cocina.

Amber se cruzó de brazos mirando suspicaz.

—¿A qué viene este cambio de actitud?

—Me he dado cuenta de que tienes razón, fui un idiota.

—No sabes lo bien qué suena escucharte decir eso.

—Me lo puedo imaginar. Esa noche que pasamos juntos... tenía un mal día. No debería haber sido tan brusco contigo —admitió—. Lo siento.

Ella sintió que el corazón le daba una voltereta.

Escuchar a un hombre decir *lo siento* de una manera sincera adquirió una nueva dimensión para Amber que nunca antes había sentido, aunque seguro que su mirada arrepentida y su atractivo rostro tenía mucho que ver con ello. Se apartó de él antes de cometer una estupidez y volver a hacer el ridículo.

—Está bien. Iré a vestirme mientras tanto.

—No tardes si no quieres que se enfríe.

Ella desapareció en su habitación. Buscó algo cómodo que ponerse y terminó eligiendo unos pantalones cortos de algodón que a veces usaba como pijama y una camiseta de manga corta de color naranja. Se dejó el pelo recogido en el moño desenfadado que se había hecho antes de meterse en la ducha y volvió al salón.

La mesa ya estaba puesta. Ezra había encontrado los platos y los cubiertos.

—No he conseguido dar con las servilletas —dijo.

—Eso es porque no tengo. Olvidé comprarlas con el tema de la mudanza. Espera, traeré papel de cocina. —Se levantó y volvió después—. Gracias por la cena. Y las disculpas.

—No hay de qué. —Ezra le sonrió y empezó a comer.

Los dos se terminaron hasta el último gramo de comida en poco tiempo. Él, lleno hasta los topes, la miró de reojo y negó con la cabeza.

—Sigo sin entender dónde lo metes.

—Supongo que lo gasto —se encogió de hombros.

Ezra se preparó para sacar el tema que llevaba carcomiéndolo todo el día.

—Anoche te oí, cuando llegaste...

—Lo siento, intentaré no hacer ruido la próxima vez.

—Estabas con alguien. Y luego ese alguien se fue.

—¿Intentas sonsacarme información?

—¿Tan evidente es? —preguntó para su sorpresa.

Amber suspiró sonoramente y lo miró.

—No sé por qué iba a interesarte, pero sí, llegó y se fue, no pasó nada.

La tensión se hizo más grande entre ellos. Ezra se acercó más en el sofá.

—¿Y por qué no pasó nada...?

—Porque no quise que pasase.

Él se fijó en el movimiento de su garganta cuando tragó saliva y deseó poder besarla justo ahí y sentir el latido del pulso contra sus labios. Respiró hondo y la miró tan intensamente que ella se hizo más pequeña a su lado.

—Me faltó poco para tirar tu puerta abajo —confesó él de repente.

—No veo por qué ibas a hacerlo, está claro que no te importo en lo más mínim...

No pudo seguir hablando cuando la boca de Ezra cubrió la suya. Jadeó, sorprendida al volver a reencontrarse con esos labios exigentes y suaves que parecían dispuestos a conseguir que se ablandase y olvidase todo lo demás. Amber le rodeó el cuello con las manos, muy a su pesar, dejando que sus lenguas se encontrasen a medio camino y se acariciasen entre besos húmedos y suaves. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, si tuviese que describir a Ezra con un solo adjetivo, hubiese dicho que era *adictivo*. Como el chocolate. O un placer del que no pudieses prescindir.

Apenas se percató cuando él se tumbó sobre ella en el sofá. Sus cuerpos estaban pegados, rozándose cada vez que se movían buscando el contacto, ardiendo. Él le mordió el labio inferior

mientras acogía su rostro con las dos manos y la miraba como si fuese única de alguna manera ante sus ojos. Amber apartó un poco la cabeza para poder hablar.

—No debería pasar esto...

—Pero está pasando.

Amber se debatió entre mantener intacto su orgullo o abandonarse ante las sensaciones que las manos de él provocaban en su cuerpo. Apretó los labios para no gemir cuando su sexo rozó el suyo con un movimiento devastador, por encima de la ropa.

—Pero te irás al terminar... —susurró.

Ezra no contestó, tan solo la calló con otro beso.

Luego se convirtieron en dos cuerpos que se buscaban sin descanso. Ezra le quitó la camiseta y su lengua se deslizó por su cuello antes de bajar hasta atrapar un pecho con la boca. Amber arqueó la espalda. No recordaba que ningún otro hombre la hiciese sentir aquello, como si se estuviese derritiendo como un helado de fresa por cada caricia, como si su piel reaccionase de una manera diferente al entrar en contacto con la suya. Susurró su nombre cuando sus dedos se colaron bajo el pantalón y la ropa interior y se introdujeron lentamente en ella, dejándola con ganas de más.

—Hazlo ya —rogó.

Ezra sonrió y se desprendió de la ropa.

Después, sentado en el sofá, la cogió en brazos y la colocó a horcajadas sobre él. Amber lo acarició con las manos, palpándolo con suavidad hasta que él cerró los ojos y le alzó las caderas para poder colarse en su interior. Luego ella empezó a moverse despacio, mirándolo fijamente como si un hilo transparente los atase, rodeándole el cuello con las manos y aferrándose a él mientras las embestidas eran cada vez más profundas y rápidas. Amber agradeció que Ezra la sujetase por la cintura cuando el placer la embargó y empezó a temblar. Él soltó un gruñido contenido y luego se corrió con los labios pegados contra su mejilla. Después, como al final de unos fuegos artificiales llenos de luces y color, el silencio lo llenó todo.

Amber se apartó con la mirada vidriosa.

—No hemos usado protección —susurró.

—Yo me hago análisis regularmente —dijo muy serio—. ¿Tomas la píldora? Amber, mírame —pidió cuando ella apartó la mirada bruscamente de él.

La cogió de la barbilla y supo por sus ojos llenos de lágrimas que no tomaba ningún método anticonceptivo. Se obligó a tranquilizarse, porque no quería asustarla más de lo que ya estaba. Verla llorar hizo que su corazón se agitase.

—No te preocupes, cariño. —Le limpió una lágrima con los dedos—. Cálmate. Apenas hay probabilidades, ¿de acuerdo? Es muy poco probable.

—Es verdad. —Sorbió por la nariz.

Luego se levantó, escapando de sus brazos, y fue al baño. Una vez allí, se lavó, se miró en el espejo y consiguió tranquilizarse. Cuando salió, él ya estaba vestido esperándola en la puerta del servicio. Amber intentó no mirarlo. Suficiente mal se sentía ya consigo misma por no haber sido capaz de pensar con sentido común ante una sola caricia y por haberse doblegado tan fácilmente. Ella siempre había sido firme y decidida y no le gustaba la idea de que Ezra rompiera todas sus defensas con un pestañeo.

—Ya puedes irte —dijo—. Estoy bien.

—Quiero quedarme... —Su voz era ronca en medio de la habitación.

—¿Quedarte? —Lo miró incrédula—. ¿Para qué?

—No lo sé. Porque sí. —Se movió nervioso a su alrededor—. Sabes que no se me dan bien las palabras. Tan solo deja que me quede.

—Tú no hiciste lo mismo conmigo.

Ezra se pasó una mano por el pelo oscuro.

—Y me equivoqué —reconoció—. Pero estaba asustado.

Amber arqueó las cejas con suavidad.

—¿Asustado? No te entiendo.

—Sí, por lo bien que habíamos encajado, por cómo fue la cena y, luego, lo otro en mi casa... Fue demasiado perfecto —dijo—. Cuando se supone que nos odiamos —añadió.

—Aún lo hacemos. Un poco —respondió sonriendo.

—Un poco, sí. —Sin poder contenerse, Ezra se inclinó y la besó.

—¿En qué situación nos deja algo así? —preguntó Amber.

Él la cogió en brazos y la llevó hasta el dormitorio. Una vez allí, la dejó sobre la cama y encendió la lámpara de noche. Se tumbó a su lado y le apartó el pelo revuelto del rostro.

—En la situación de dos personas que se están conociendo...

—Apenas tenemos nada en común... —dijo ella.

—O quizá tenemos demasiadas cosas en común y por eso chocamos tanto.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó esperanzada mientras él le daba otro beso.

—Creo que los dos somos impulsivos y tenemos carácter. Pero también creo que, cuando estamos juntos, lo último que sentimos es indiferencia. Puede ser enfado o deseo o diversión, pero nunca nada. Y eso es importante, porque hacía mucho tiempo que ninguna mujer me hacía sentir así, tan vivo —reconoció.

Ella se dio la vuelta en la cama y lo abrazó.

—Háblame de ti, de tu vida en Nueva York.

Ezra se quedó silencio unos segundos, como si no estuviese muy seguro de si estaba preparado para hablarle de aquello. Al final respiró hondo y lo hizo.

—Era muy feliz, Amber —confesó—. Crecí en una familia adinerada. Vivía puerta con puerta con la familia de Lisa, los Gillian.

—Así que, ¿os conocéis desde pequeños?

Él asintió y Amber no pudo evitar notar los celos que tironeaban en su estómago. Sabía que algo así era imposible que no te marcara para siempre. Y, peor todavía, sabía que Ezra no debería importarle tanto y que se estaba comportando como una niña.

—Sí. Fuimos amigos, jugábamos juntos a diario y terminamos en el mismo colegio privado. Después, conforme fuimos creciendo, empezamos a sentir algo más.

—Y salisteis juntos...

—Durante muchos años. Más tarde, nos casamos y nos mudamos juntos.

Él no dijo nada más, pero a Amber le pareció insuficiente esa explicación y no pudo evitar sentir curiosidad y querer seguir indagando en su pasado.

—Si todo era tan perfecto, ¿qué ocurrió para que os separaseis?

Ezra suspiró sonoramente y le acarició el brazo con los dedos, mientras ella mantenía la cabeza apoyada en su pecho.

—Es que no era todo tan perfecto —dijo—. Justo al revés. Es decir, era perfecto de cara a la galería. Según nuestros conocidos, lo nuestro debía de ser una relación idílica, perfecta. Lisa era guapa y encantadora, podía acaparar fácilmente toda la atención en una fiesta, le nacía natural lo de rodearse de gente y conseguir encandilarlos. Yo la quería, pero en cierto momento empecé a cansarme de todo aquello. No me gustaba tener que fingir, asistir a eventos que no me interesaban, verla sonreír delante de gente a la que luego criticaba en la intimidad...

—No sé si lo estoy entendiendo.

—Que todo era muy falso, Amber. Como de cartón. Nuestra vida y el mundo en el vivíamos, las personas que nos rodeaban. Yo solo quería ser feliz con mi mujer, tener hijos y montarme un taller de coches antiguos. Por supuesto, a ella eso le pareció una aberración. ¿Cómo iba a convertirme en un mecánico cuando nos codeábamos con gente poderosa de Nueva York? No podía entenderlo, aunque eso me hiciese feliz. A mí siempre me encantaron los coches, desde pequeño, los engranajes de cada uno de ellos.

—Y se te da muy bien... —Amber sonrió y él le dio un beso en la cabeza.

—Así que durante los últimos años discutíamos sin parar. Ella no quería tener hijos todavía, yo sí. A ella le encantaba pasarse el día de fiesta en fiesta y a mí cada vez me costaba más, porque lo odiaba. Cuando estábamos en casa, a solas, casi no teníamos nada que decirnos el uno al otro y, si lo hacíamos, terminábamos gritándonos y discutiendo. Creo que eso es lo que más me dolía de todo porque, pese a todo, era mi amiga, alguien importante en mi vida, y no soportaba la idea de estar perdiéndola de esa manera. Me di cuenta pronto de que no encajábamos bien como pareja e intenté que funcionase durante muchos años porque la quería, pero...

—Pero, ¿qué? —lo animó Amber.

—Un día exploté. Aunque llevábamos meses peleándonos por el tema, yo estaba decidido y acababa de encontrar un local que era perfecto para montar el taller. Cuando llegué a casa, ella me dijo que tenía que darme una sorpresa. Me llevó a un garaje y me enseñó un coche de diseño que había comprado y que valía casi más que todo este pueblo junto. Yo me enfadé. No por el regalo, sino porque lo hizo como si por esa razón fuese a renunciar a lo que quería hacer. Tuvimos una fuerte discusión y, al final, me marché. Le dije que necesitaba tiempo y me fui.

Estaba muy confundido. Conduje durante unas semanas sin ningún destino. Ese fue el peor momento de todos...

Amber se removió sobre él.

—¿La echabas de menos?

—No. Por eso fue el peor momento, porque me di cuenta de que no la echaba de menos y eso me asustó. Cuando llevas toda una vida al lado de una persona, es difícil separarte de ella, incluso aunque sepas que es lo que necesitas. —Se quedó callado un momento—. Yo supe que ya no estaba enamorado, no al menos de la manera en la que Lisa se merecía. Seguí conduciendo, sin saber qué hacer, hasta que un día llegué aquí, a Sound River. Paré en la cafetería para tomarme un café y, cuando salí, vi que delante había un cartel enorme en el que se anunciaba la venta de ese taller. Pensé que era una señal.

—Y lo compraste —dijo ella.

—Sí. Me había llevado unos pocos ahorros conmigo y decidí comprarlo. Empecé a trabajar unas semanas después y me gustó. Por fin tenía la cabeza ocupada en algo y estaba haciendo lo que quería hacer, sin tener que ir a fiestas ni fingir delante de personas que no me interesaban. Me di cuenta de que prefería la vida sencilla de este pueblo perdido que la de la gran ciudad, así que, sencillamente, me quedé.

Amber se dio la vuelta sobre él y lo abrazó.

—Creo que me alegra que lo hicieras.

—Eso es todo un halago viniendo de ti.

Él se echó a reír y la besó intensamente.

—Gracias por contarme tu historia, Ezra.

—Gracias a ti por dejar que me quede.

Después, estrechándola contra su cuerpo con fuerza, se quedó dormido aferrado a ella sin ser consciente de que hacía años que no conciliaba el sueño al lado de una mujer.

—¿Entonces estáis saliendo? —preguntó Katie.

—¡No! ¡O sí! No lo sé, la verdad. —Amber escondió el rostro entre las manos sin dejar de gimotear—. Ayer todo fue perfecto. Se quedó en casa a dormir, desayunos juntos temprano y luego cada cual nos fuimos a trabajar. Pero no sé qué pasará cuando vuelva a casa, ¿debería llamarlo? ¿O finjo que no me importa y lo ignoro?

—Nadie va a creerse lo segundo a estas alturas —concluyó Katie.

—¡Claro que sí, no soy tan transparente!

—Sí que eres —añadió Hollie.

—Puede que un poco.

—Llegados a este punto, lo mejor será que te dejes llevar y des un paso al frente, porque estás metida hasta el cuello.

—¡Yo no estoy metida hasta el cuello!

—Deja de negar lo evidente, Amber. —Katie se rio—. Ese chico te gusta. De hecho, empiezo a pensar que te ha gustado siempre, incluso cuando os lanzabais puñales cada vez que os encontrabais.

Amber no dijo nada, aunque sabía que era probable que tuviese razón. Miró a sus amigas, con las que había vuelto a quedar para comer en aquel tramo de río donde tomaban el sol desde jovencitas, y estuvo a punto de contarles lo que había ocurrido en el salón, cuando había perdido tanto el control que incluso se olvidó de usar protección. Sin embargo, aunque quería compartir su preocupación, no deseaba asustarlas, así que terminó tragándose sus palabras con un nudo en la garganta. Desde que se había despertado, no había pensado en otra cosa. Y todavía faltaban unas semanas para que tuviese que bajarle el periodo y pudiese quedarse tranquila definitivamente.

Volvió a darse la vuelta, inquieta.

Era el tipo de persona que le daba mil vueltas a las cosas, para su desgracia. Por eso se pasó toda la tarde igual, pensativa, incluso mientras salía del rancho al terminar de trabajar y se dirigía hacia su nuevo apartamento que, por cierto, le encantaba.

Una vez allí, entró dentro casi sin mirar a la puerta de al lado, como si temiese que fuese a ocurrir algo si lo hacía. Respiró hondo un par de veces para calmarse una vez dejó el bolso encima de la mesa y fue a la cocina para ver si tenía algo de comida. No le sorprendió encontrarla vacía. Por suerte, dio con un bote de raviolis en conserva que seguramente Hollie habría guardado en uno de los armarios. Se sobresaltó cuando llamaron a la puerta y lo dejó a medio abrir.

Ezra le sonrió cuando abrió.

—Traigo la cena —dijo.

Amber se apartó para dejarlo pasar.

—He imaginado que no tendrías nada —se adelantó a decir—. Así que, como he terminado antes de trabajar porque Logan se ha quedado un rato más, he preparado un poco de pasta, ¿te apetece?

Ella se frenó para no lanzarse a sus brazos, porque no quería que pensase que estaba completamente loca. Se contentó con sonreírle y sacar los cubiertos del cajón antes de acompañarlo hasta el comedor, repitiendo el mismo ritual que el día anterior.

—Uhhmm... está de muerte —dijo engullendo un tallarín.

—Gracias. Se me da bien cocinar.

—¿Qué más sabes hacer?

—Casi cualquier cosa que me proponga.

—Eres un egocéntrico —rió.

—Y eso parece gustarte... —replicó él divertido.

Amber se puso seria de repente, sin dejar de comer.

—Ese tal Logan... lo que te dije iba en serio, es un tipo problemático.

—Puede que sí. —Ezra asintió dándole razón—. Pero no es una mala persona.

—Te aseguro que no pensarías lo mismo si supieses toda su historia.

—Sé lo suficiente, Amber. Ha pasado malas épocas y ha tenido una vida complicada, eso te marca —explicó—. Puede que se haya equivocado muchas veces, pero ahora tiene algo importante que hacer y no seré yo quien le arrebaté esa oportunidad.

—No sabía que fueses tan caritativo —refunfuñó.

—Me gusta ir sorprendiéndote —respondió divertido. Luego dejó los platos en la mesa, la hizo sentarse sobre sus rodillas y la abrazó—. Cariño, deja de arrugar la nariz como una ardilla enfadada.

—Tus comentarios no ayudan.

Ezra soltó una carcajada sonora y la miró con ternura. A pesar de que durante años la había odiado por pensar que era una niña malcriada y caprichosa, que se dedicaba a trabajar lo justo en el negocio familiar y que le recordaba demasiado por ello a Lisa, ahora se daba cuenta de que eran más parecidos de lo que jamás había imaginado. Además de eso, hacía mucho tiempo que no se divertía tanto con una mujer, estando relajado y sin tener que fingir ser alguien que no era. Amber no lo juzgaba ni le pedía que se transformase en otro tipo de hombre que no iba con él ni quería llegar a ser. Ella lo aceptaba tal como era y eso hacía que estar a su lado fuese más fácil y que la hubiese echado de menos durante todo el día, mientras estaba en el trabajo, como si volviese a sentirse como un adolescente con las hormonas descontroladas, cuando Ezra ya había previsto que jamás volvería a sentir ese cosquilleo de emoción por nadie...

—Eres especial, Amber. —La besó.

—No pensabas eso al conocerme...

—Porque me cabreaba que me hicieses sentir cosas.

—¿Te hacía sentir? —Lo miró juguetona mientras le desabrochaba los botones de la camisa y se la quitaba por los hombros—. Dime qué cosas.

—Me hacías enfadarme, por ejemplo. Enfadarme mucho.

—No sé si debería enorgullecerme de eso.

—Deberías, porque normalmente casi todo me resulta indiferente. No es fácil hacerme despertar y llevaba mucho tiempo...

—Dormido —adivinó ella.

—Eso es. —Ezra volvió a besarla.

Después, con las manos temblorosas por culpa del deseo, los dos terminaron de desnudarse el uno al otro. En esta ocasión, él cogió un preservativo que llevaba guardado en la cartera y se lo puso antes de tumbarse sobre ella y hundirse con fuerza en su interior. Amber cerró los ojos y se aferró a su cuerpo rodeándole el cuello y atrayéndolo hacia ella. Ezra olía a una conocida colonia masculina que la volvía loca. Y sus besos eran suaves pero cargados de intensidad y de anhelo, como si nunca tuviese suficiente de ella, aunque embistiese como si el mundo fuese a acabarse de un momento a otro. Cuando se dejó ir, lo hizo gimiendo su nombre y perdiendo el control.

Ese mismo escenario se repitió durante los siguientes días.

Cada tarde, cuando Ezra cerraba el taller, se iba al supermercado, hacía compra y se iba a casa. Una vez allí, o bien aparecía directamente en el apartamento de Amber o bien la llamaba para que ella fuese al suyo. Cocinaba concentrado en lo que hacía, mientras ella se sentaba cerca y le contaba cosas, anécdotas de su vida, o le hablaba sobre su familia, sus amigas y los años que había pasado en la universidad.

Después cenaban juntos alguna de las recetas que él había preparado, hacían el amor y se dormían todavía hablando en susurros, como si no pudiesen dejar de conocerse más y más cada día que pasaban juntos. Cuando Amber empezaba a estar demasiado somnolienta como para conseguir decir más de dos frases sin balbucear, él sonreía y la tapaba antes de abrazarla y cerrar los ojos con un suspiro de satisfacción.

En algún momento, se dio cuenta de que, sin buscarlo, había encontrado aquello que siempre había deseado. Una vida tranquila, una mujer divertida e inteligente a su lado, la satisfacción de regresar cada día a casa tras trabajar en algo que le gustaba y poder pasar el rato con la persona con la que deseaba hacerlo.

Cuando lo entendió, supo lo que tenía que hacer.

Marcó su número por primera vez en muchos años. Siempre era ella la que lo llamaba a él constantemente, recordándole todo lo que se estaba perdiendo por haberse marchado. Ese día, en cambio, fue Ezra el que lo hizo.

—¿Estás bien? —contestó Lisa preocupada.

—Sí, sí, todo está bien...

—Me habías asustado —dijo—. Nunca llamas.

—Tengo... tengo que decirte algo.

—Adelante, ¿de qué se trata?

—He conocido a alguien, Lisa.

Ella se quedó callada al otro lado.

—No es verdad —susurró.

—Llevamos años sin estar juntos...

—Pero nos queremos. Siempre ha sido así.

—Las cosas cambian, Lisa —contestó apenado—. Ya es hora de que firmemos el divorcio. ¿A quién quieres engañar? Tú eres feliz allí, con tu gente, en tu mundo y yo...

—¡Este es también tu mundo! —gritó.

—Nunca lo fue. Nunca me sentí parte de él.

Lisa sollozó antes de colgarle. Ezra sintió de nuevo la culpabilidad de no estar haciendo lo correcto y de no poder darle lo que ella deseaba de él.

Esa noche, cuando cruzó al apartamento de al lado, ni siquiera habló antes de desnudar a Amber con tirones bruscos y hacerle el amor contra la pared, lamiéndole el cuello y gruñendo en su oído. Al acabar, se dio cuenta de que si lo que había buscado con aquello era que de pronto la verdad se relevase ante él y se diese cuenta de que lo que tenía que hacer era regresar a su vida de antes, no lo había conseguido. Porque con Amber entre sus brazos, metiéndose con él bromeando porque ese día no había traído la cena, Ezra no tuvo dudas de que quería que sus noches fuesen así durante mucho tiempo...

—Hoy estás serio —le dijo ella después.

—Ha sido un día complicado —admitió.

—¿Problemas con Lisa? —preguntó Amber, aunque el mero hecho de pronunciar su nombre le dolía. A ella le hubiese gustado ser esa chica que lo conocía desde niño y sabía que Lisa y Ezra habían vivido cosas juntos que siempre serían de ellos y de nadie más.

—Sí. —Él se dio la vuelta en la cama, pero no la soltó—. Quizá... puede que tenga que ir a Nueva York...

Amber se levantó de golpe, temblando.

Lo miró en medio de la oscuridad del dormitorio.

—¿Vas a volver con ella?! —gritó angustiada.

—Cálmate, fierecilla. —Ezra se rio y se levantó para conseguir que regresase a la cama—. No pienso hacer eso. Solo necesito ir allí porque quiero conseguir el divorcio y creo que la única forma de hacerlo es hablando con ella cara a cara.

Amber respiró hondo, más tranquila, pero incapaz de soltarlo como si pensase que fuese a desvanecerse de un momento a otro. Cerró los ojos, calmándose y pensando que le encantaba lo bien que olía, el sonido tan profundo de su voz masculina, la manera que tenía de acariciarla hasta hacerla perder el sentido y lo divertido que era pasar tiempo con él, haciendo cualquier cosa, desde cocinar hasta ver una película por las noches.

Intentó no ponerse a llorar como una cría tonta.

—¿Qué te pasa, cariño? Dímelo.

—Me da miedo que no vuelvas...

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Es tu mujer. Has estado toda la vida a su lado y conmigo tan solo, ¿qué?, ¿un mes?, ¿dos? ¿Qué pasará cuando la veas? ¿Y si te convence para que os deis una nueva oportunidad? —preguntó asustada.

Él le acarició las mejillas con ternura.

—Eso no ocurrirá. Tienes que confiar en mí.

Amber se dejó convencer por sus besos mientras se tumbaba sobre ella en la cama y le alzaba los brazos por encima de la cabeza. Después, sin prisa, casi como si deseara torturarla, fue descendiendo lentamente sin dejar de quitar las prendas de ropa que encontraba en su camino, desnudándola al tiempo que su boca descendía dejando un rastro húmedo por su piel. Cuando le separó las piernas y la besó ahí, Amber se aferró a las sábanas de la cama arqueándose con un gemido de placer. Ezra se rio ante su reacción y luego las caricias de su lengua se volvieron más rítmicas e intensas, arrancándole un orgasmo devastador que la dejó aletargada durante el resto de la noche, mientras él la miraba divertido a su lado. Le colocó tras la oreja un mechón de pelo oscuro y dejó un beso en la comisura de sus labios con delicadeza.

—Quiero hacer las cosas bien —le dijo.

—Lo entiendo. Yo te esperaré —prometió.

Durante la siguiente semana, sabiendo que él se marcharía a Nueva York en unos días, Amber no pudo evitar estar más nerviosa de lo normal. En su despacho, trabajando, tiró un café y echó a perder algunos papeles importantes que tuvo que volver a pedirles a los proveedores. Tenía ojeras y no descansaba bien. Y lo peor de todo, estaba tan acostumbrada a ser fuerte de cara a los demás, que era incapaz de desahogarse como era debido, mostrando esas inseguridades que en realidad sentía.

Su hermano James entró en el despacho al mediodía.

—¿Todavía no te has ido a comer? —preguntó.

—No. He perdido una hora de trabajo y tengo que recuperarla.

James se sentó en la silla de delante y la miró con seriedad. Pese a todo, e incluso que ninguno de los dos había sido propenso nunca a hablar de sentimientos, su hermano mellizo parecía tener un don para saber cómo se sentía ella, aunque normalmente intentaba no meterse demasiado en sus asuntos y dejarle libertad.

—Sea lo que sea lo que te ocurre, puedes contármelo.

—No me pasa nada —lo esquivó.

—Vamos, Amber, te conozco.

—Estoy... asustada, ¿vale? Eso es. ¿Ya estás contento?

James la miró sin comprenderla con el ceño fruncido.

—No sé a lo que te refieres.

—A Ezra. Se va a Nueva York. Venga, no me mires así, conozco a Katie mejor de lo que me conozco a mí misma y sé perfectamente que te lo ha contado. Esa chica es incapaz de guardar un secreto ni aunque su vida dependa de ello.

James se rascó la cabeza y suspiró.

—Es verdad, algo me ha dicho, pero lo que no entiendo es por qué estás asustada. Por lo que sé, parece que lo tuyo con Ezra va bien, ¿no?

—Sí, el problema es que aún nos estamos conociendo, es todo muy reciente...

—¿Y eso por qué es un problema?

Amber negó con la cabeza, frustrada.

—¡Piénsalo, James! Soy casi una desconocida para él. A su mujer, Lisa, la conoce desde que era un niño y, por lo poco que sé, es guapa y alucinante. ¿Crees que cuando vuelva a verla y ella intente seducirlo no caerá en la trampa? ¡Es un hombre! Y yo me quedaré aquí, con el corazón roto y sintiéndome la persona más tonta del mundo...

Amber escondió la cabeza entre los brazos como una niña. James tuvo que aguantar la risa, pero lo consiguió antes de levantarse y agacharse a su lado, delante de la silla, para consolarla. Le apartó las manos de la cara.

—Solo has dicho tonterías. Que seamos tíos no significa que se nos nuble la mente en cuanto tenemos un par de tetas enfrente, ¿crees que yo le haría algo así a Katie?

—¡No! ¡Claro que no! Pero tú la adoras.

—Ezra parece decidido a apostar por lo vuestro, ¿por qué no le das la oportunidad de demostrarte si es de fiar? No pierdes nada. —La miró con cariño.

—Pierdo mi orgullo.

—El orgullo no vale nada, Amber.

—También perderé mi corazón como no vuelva —admitió, abriéndose por fin—. Nunca me había gustado tanto alguien, nunca me había sentido así con otra persona.

—El amor es así, imprevisible, pero vale la pena.

—Espero que sí —contestó bajito y luego suspiró hondo.

Esa noche todavía se sentía muy insegura, así que al ser sábado le dijo a Ezra que tenía intención de pasarse un rato por el local y estar con sus amigas. A él le pareció bien y, si le preocupó su actitud pensativa, no lo demostró haciendo preguntas, aunque ella ya empezaba a conocerlo lo suficiente como para saber que Ezra rara vez expresaba como de verdad se sentía, porque, al igual que le ocurría a ella, solía esconder sus emociones.

Se puso un vestido rojo de corte recto y se recogió el pelo en una coleta alta antes de maquillarse y salir de casa. Cuando llegó, Hollie ya estaba esperándola sentada en uno de los

taburetes y Katie le sirvió en seguida un gin-tonic adelantándose a que ella se lo pidiese. Le dirigió una sonrisa antes de marcharse para atender a otros clientes.

—¿Cómo va todo? —preguntó Hollie.

—Supongo que *va*. —Amber se encogió de hombros.

—Alegra esa cara. Parece mentira que lleves toda la vida esperando encontrar a tu media naranja y que, cuando lo haces después de casi exprimírle todo el zumo a golpes, estés así de triste. —Se rio de su propia broma, al ver que Amber alzaba la comisura del labio formando casi una sonrisa.

—Es que es peor encontrarlo y perderlo.

—Deja de pensar esas cosas. Toma, bebe.

Le puso la copa delante y Amber le dio un trago largo.

Su hermano y algunos amigos aparecieron por allí un rato después, lo que provocó que ella se relajase un poco más y terminase riéndose por los chistes y las bromas que contaban. Lo que no esperaba, bien entrada la noche y cuando el lugar estaba lleno de gente, era que de repente entre la multitud apareciese Ezra.

Sus ojos de un azul intenso estaban clavados en ella.

Amber se hizo un hueco y avanzó hasta llegar a él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó gritando para hacerse oír por la música.

—Te echaba de menos... —Él le rodeó la cintura y le dio un beso.

Amber se sujetó a sus hombros, porque eso sí que no se lo esperaba. Hasta el momento, su relación parecía haberse desarrollado en ese pequeño mundo que los dos habían creado entre su apartamento y el suyo. Gimió al sentir su lengua acariciando la suya con suavidad mientras sus manos se deslizaban por su trasero al ritmo de la música.

—Qué inesperado —dijo mirándola misteriosa.

—¿Acaso estamos saliendo en secreto o algo así?

Ella lo miró sin comprender a qué venía esa pregunta.

—No, ¿estás enfadado?

Él negó, pero su mirada dijo lo contrario.

—Es solo que no pareces alegrarte de verme.

—Pues sí que lo estoy —aseguró—. ¿Bailas?

Ezra asintió, pero no pareció demasiado contento mientras posaba sus manos en la cintura de la joven y la acompaña al ritmo de la melodía. Cuando esa noche ella le había dicho que quería salir y despejarse, a él le había parecido bien, no era tipo de hombre inseguro que necesita controlar todo lo que hace la otra persona. Sin embargo, solo en su piso poco después de escuchar que ella se marchaba enfundada en ese bonito vestido rojo, no pudo dejar de pensar que parecía querer *esconderlo* de los suyos, como si le diese miedo involucrarlo demasiado en su entorno por si aquello no llegaba a funcionar. Y le molestó darse cuenta de eso, después de que él estuviese dispuesto a enfrentarse a los demonios de su pasado solo para poder comenzar desde cero con otra persona sin tener siempre esa sombra persiguiéndolos. Así que se vistió y fue hasta allí.

—No me estás contando todo lo que sientes, ¿verdad? —le preguntó ella, aferrada a su cuello y de puntillas para poder darle un beso.

Él sacudió la cabeza, pero no habló.

—Sabes que a mí puedes decírmelo todo...

Ezra gruñó por lo bajo y ella sonrió al verlo tan vulnerable. Sin mediar palabra, lo cogió de la mano y tiró de él con delicadeza hasta la puerta de salida. Caminaron en silencio por las calles oscuras de Sound River sin decirse nada, tan solo con sus respiraciones y sus pasos como única compañía. Al llegar al apartamento, empezaron a besarse, pero en esta ocasión lo hicieron despacio, disfrutando del contacto de los labios juntos, de las lenguas al rozarse y de sus cuerpos pegados el uno al otro mientras se internaban en la habitación. Amber se dejó caer en la cama, a su lado, y lo abrazó.

—No quiero que vuelvas a pensar que intento esconder lo nuestro, Ezra. En realidad, lo único que deseo es gritarlo a los cuatro vientos y que todo el mundo lo sepa.

—Pero... —la animó él a continuar.

—Me da miedo que no vuelvas. Ser el hazmerreír de todo el mundo. O que sientan compasión de mí. Y todo eso no sería peor que la idea de perderte.

—Eso no va a ocurrir —le lamió el labio despacio.

—Quizá haya sido lo suficiente estúpida como para enamorarme de ti —susurró ella.

Él sonrió y enredó las piernas entre las suyas.

—Entonces me temo que yo soy otro estúpido.

Ella se echó a reír, más relajada, antes de cerrar los ojos y centrarse solo en lo que él la hacía sentir con sus labios, con sus manos y el cálido aliento sobre su piel. Se durmió abrazada a él como un koala, casi como si hasta en sueños tuviese miedo de soltarlo.

A la mañana siguiente, muy a su pesar, lo ayudó mientras él se hacía la maleta y después pasaron el resto del domingo juntos, dándose un baño relajante, viendo la televisión y haciendo la cena sin dejar de hablar y decirse payasadas. El lunes, se despidieron en la puerta con un beso lento e intenso que prometía que pronto volverían a verse, aunque Amber no pudo evitar sentir un agujero en el estómago a partir de entonces.

Ezra casi no podía creerse que volviese a estar en Nueva York. Las pocas veces que había visto a su familia en esos años, cuando cogía unos días de vacaciones en el taller, había acudido a la casa que tenían en New Jersey, así que no había tenido que regresar a la gran ciudad desde que se marchó una mañana cualquiera en busca de su propia felicidad. A pesar de que sabía ver que era un lugar increíble, seguía sin ser aquello que él necesitaba. Los altos edificios, los coches y los muchos peatones que esperaban que cambiase el semáforo para cruzar al otro lado de la calle, lo ponían nervioso.

En cambio, la tranquilidad que se respiraba en Sound River, le encantaba. Sus calles peatonales, la gente familiar, los negocios pequeños, el río que atravesaba la zona y las miles de hectáreas de bosque. Una de las cosas que más le había impresionado cuando llegó allí fue que, al mirar el cielo, se ponía ver todo el firmamento lleno de estrellas. Cuando lo hizo, pensó que Lisa jamás podría apreciar aquello y no es que estuviese mal que no lo hiciese, sencillamente, eran muy diferentes, no se sentían plenos con las mismas cosas. Él era hogareño, reservado y disfrutaba de la vida íntima. Ella amaba sociabilizar, las fiestas, la atención constante y visitar cada día una tienda o un restaurante diferente.

A pesar del tiempo que había pasado, se dirigió como un autómatas hacia el que había sido su hogar tiempo atrás. Por supuesto, había alquilado una habitación de hotel, pero pensó que, si conseguía acabar con eso antes, mucho mejor.

La casa que él y Lisa habían comprado era enorme y de un estilo modernista que no pegaba en absoluto con sus gustos más rústicos y sencillos. Ezra no le había dado demasiada importancia y había dejado que ella eligiese cada uno de los muebles, al igual que también dejó que, tras varias discusiones, organizase la boda y se encargase de tomar casi todas las decisiones, por lo que, al final, en vez de un evento familiar que era lo que él buscaba, terminó siendo un acontecimiento social del que todo el mundo había oído hablar. Mientras recordaba aquello al subir los escalones

e ignorar el ascensor, se dio cuenta de que parte de la culpa de que la relación no funcionase también había sido de él, por no saber reconocer lo que quería y defenderlo pese a todo.

Llamó a la puerta y Lisa abrió de golpe, seguramente porque, tras el mensaje que él le había enviado, ya estaba esperándolo.

Se miraron en silencio. Aunque intentó evitarlo, Ezra no pudo evitar sentir un estremecimiento al encontrarse con sus ojos verdes. Había pasado el tiempo, pero Lisa estaba igual, con el cabello rubio ondulado por las puntas y la piel tersa y luminosa. Él se fijó en la sortija de oro que todavía llevaba en el dedo, esa con la que se habían prometido amor eterno cuando eran jóvenes y felices.

Antes de que pudiese decir nada, ella dio un paso hacia él y lo abrazó con fuerza. Su olor dulzón, de esa colonia femenina que siempre usaba, se coló en su nariz trayéndole un montón de recuerdos. Lisa cerró la puerta tras él.

—Te he echado de menos... —le susurró.

—Yo también —admitió Ezra, porque era verdad. La había echado de menos como amiga, como parte de su familia, pero no como alguien con quien compartir el resto de su vida—. Creo que necesito algo de beber...

Lisa se separó de él y le sonrió antes de acercarse al mini bar que había en el comedor y sacar una botella de whisky. Le sirvió una copa antes de ponerse ella también otra. Ezra se desabrochó los botones de la camisa que llevaba, un poco agobiado, y se la bebió casi de golpe. Después, se sentó en el sofá. Ella se situó a su lado, muy cerca.

—¿Qué tengo que hacer para que accedas ir a buenas? —le preguntó, directo al grano.

Su mujer suspiró con gesto teatral y luego apoyó una mano en su pierna. Él se fijó en las uñas cuidadas y pintadas de color rojo intenso; no se parecían en nada a las manos de Amber, mucho más sencillas incluso cuando se arreglaba a propósito, más acostumbrada a vivir en un entorno rural, a montar a caballo o ayudar en el rancho.

—¿Qué tengo que hacer yo para que seas razonable? —contraatacó.

—Llevo años siéndolo, ¿por qué sigues con esto?

—¡Porque somos tú y yo, Ezra! Siempre lo hemos sido. —Se levantó, agitada, apartándose el pelo del rostro—. ¿Ya no recuerdas cómo nos miraba la gente? Todo el mundo sabía que éramos la pareja perfecta y lo echamos a perder por tonterías.

—No eran tonterías —replicó él, serio.

—¿Todo aquel numerito fue porque querías tener un taller de coche? ¡Pues vale! ¡Ten un taller de coches! ¡El más grande de la ciudad, si así lo deseas! Pero vuelve a casa.

Él la miró como si no reconociese en ella a la chica que había sido.

—Te dije que he conocido a alguien...

Lisa le quitó importancia haciendo un gesto con la mano.

—Yo también, Ezra. Han pasado años, no somos de piedra. No me importa con quién hayas estado o dejado de estar. Será como hacer un borrón y cuenta nueva.

—No. —Fue solo una palabra, pero sonó fría.

—¿Vas a renunciar a esta vida para siempre?

Lisa alzó los brazos señalando el magnífico salón en el que se encontraban.

—Ya lo hice, Lisa. Parece que eres la única que todavía no se ha dado cuenta. —Se puso en pie con lentitud—. Pero está bien, si no quieres ir a buenas, no puedo hacer nada más para evitar lo contrario.

Él se encaminó hacia la puerta, pero ella lo interceptó antes de que pudiese escapar.

—Está bien —dijo, aunque por su mirada Ezra la miró con cautela—. Te concederé el divorcio sin darte problemas a cambio de que pases un día conmigo. Mañana.

—¿Un día contigo?

—Sí. Una última oportunidad para demostrarte todo lo que todavía podemos tener. O, según salgan las cosas, un último día para despedirnos —añadió.

Ezra se lo pensó unos segundos y terminó asintiendo.

—Está bien. Un día.

—Nos vemos a las nueve donde siempre.

Él estuvo tentado a sonreír cuando dijo aquello, pero sacudió en seguida la cabeza y se alejó por el pasillo del edificio hacia la zona de los ascensores.

—No puedes seguir así, Amber —dijo Hollie.

—Pero si no estoy de ninguna manera...

Katie y Hollie la miraron cruzadas de brazos.

Amber estaba sentada en el sofá, con un helado de fresa con trocitos de plátano en una mano y vestida con una camiseta ancha y vieja de propaganda. Llevaba el pelo encrespado y recogido en una mezcla entre un moño y una coleta mal hecha y las ojeras destacaban en su rostro. El salón de su apartamento estaba lleno de trastos que no se había molestado en limpiar, igual que la pila hasta arriba de platos sin fregar y la ropa amontonada a un lado después de hacer la colada y no tener ganas de guardarla.

—Vaya, sí que te ha dado fuerte... —dijo Katie.

—Lo sabía. —Amber se metió otra cucharada de helado en la boca—. Sabía que Ezra es uno de esos tíos con los que pasas de nada a todo en un segundo, ¿sabes? Cuando se trata de algunos hombres, no existe el término medio, no te puede gustar *solo un poco*. Es como este helado, ¿cómo voy a conformarme con un par de cucharadas cuando puedo zampármelo entero y después lamer el cubo como una loca?

—No vas desencaminada con lo de *loca* —comentó Katie y se alegró de que, al menos, ese pequeño comentario la hiciese sonreír.

—Solo han pasado dos días, cielo, y hará apenas unas horas que ha llegado a Nueva York tras el trayecto —dijo Hollie.

—Podría haberme llamado.

—Seguro que tendrá alguna razón.

—Sé que solo intentáis animarme —farfulló con la boca llena—. Os quiero chicas, pero creo que lo mejor será que me vaya ya a la cama.

Katie se mostró insegura, pero al final asintió, y Hollie acompañó el gesto. Tras darle un beso en la mejilla, las dos se marcharon del apartamento y la dejaron a solas. Amber se quedó un rato

más sentada en el sofá, comiendo helado. Unas lágrimas silenciosas caían por sus mejillas. Se le había juntado todo. La marcha de Ezra, sus inseguridades y, además, unas horas atrás... le había bajado la regla. Así que estaba más sensible de lo normal. Se levantó, dejó los pocos restos de helado en la nevera y se dejó caer en la cama como un peso muerto, pensando que, de todos los hombres del mundo, tenía que ir a enamorarse de uno que, para empezar, había sido su enemigo y, por si eso fuese poco, cuando empezó a gustarle, descubrió que estaba casado.

Se le dispararon las pulsaciones al escuchar el sonido del móvil. Lo buscó en la mesita y, cuando vio que era él, descolgó a toda prisa.

—Buenas noches, cariño. —Su voz fue como un bálsamo—. Siento no haberte llamado antes, me quedé sin batería y olvidé el cargador. Acabo de comprar otro.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal ha ido todo? —se apresuró a preguntar.

—Supongo que no del todo mal. —Suspiró, lo que no auguraba nada demasiado bueno para Amber—. Mañana pasaré el día con ella a cambio de que acceda a ser razonable. Espero volver a Sound River en unos días, a lo sumo.

—Te echo de menos...

—Yo también a ti —dijo—. ¿Quién te hace la cena? —preguntó divertido.

—El Señor *Alimentos Congelados* —rio.

—Dentro de poco lo despediremos.

Ella sonrió por la broma, a pesar de lo triste que estaba.

—Por cierto, tengo que decirte una cosa...

—Dime —pidió pacientemente.

—Me... me ha bajado... —susurró.

—¿De qué estás hablando?

—La regla —aclaró—. Me ha bajado.

Hubo un silencio largo al otro lado de la línea.

—Ya te lo dije. Era muy improbable —respondió él.

—Lo sé, pero aun así... —Suspiró—. Olvidemos el tema. Cuéntame qué tal te ha ido todo por ahí. ¿El viaje se ha hecho largo?

Ezra volvió a tardar en responder más de lo normal.

—Sí, bastante. Te llamo mañana, Amber.

—De acuerdo, ¿va todo bien?

—Sí, no te preocupes por nada.

—Está bien. Buenas noches, Ezra.

—Descansa —se despidió él antes de colgar.

Amber dejó el teléfono en la mesilla de noche con una sensación extraña. Por un lado, confiaba en él, en ese chico que había conocido durante el último mes y que era todo lo que ella siempre había buscado, auténtico y leal. Pero por otra parte, a veces no entendía bien sus comportamientos o sus reacciones, y como Ezra no era demasiado dado a abrirse y a explicar cómo se sentía porque tendía a guardárselo todo, a ella le costaba sacar conclusiones acertadas.

Con ese pensamiento, enterró la cabeza en las almohadas y cerró los ojos. Se durmió pensando en lo mucho que deseaba que él estuviese a su lado, como todas esas otras noches, abrazándola. Durante su ausencia, se había dado cuenta de que en la vida las cosas sencillas y cotidianas eran al final las que estaban cargadas de felicidad. ¿Y qué más podía desear ella? Tenía un trabajo que, aunque no era el que más soñado, resultaba agradable y le gustaba. Tenía unas amigas estupendas y un hermano aún mejor. Tenía un chico maravilloso con el que no dejaba de reírse cuando estaba a su lado. Tenía salud y unos vecinos amables y muchos años por delante. Eso la hizo darse cuenta de que tenía que cuidar aquello y de que, la vida que otros despreciarían por pensar que era simple o conformista, para ella era sencillamente perfecta.

Ezra no pudo evitar que los recuerdos lo atormentasen cuando entró en la cafetería en la que él y Lisa solían reunirse muchos días, desde que eran jóvenes, cuando cada uno fue a estudiar a una universidad distinta y decidieron encontrar un local a medio camino entre las dos en el que poder tomarse un café antes de empezar el día.

Ella estaba sentada en la mesa de siempre.

Cuando él ocupó su silla, le sonrió y pidió dos cafés, recordando cómo le gusta a él (sin azúcar), como si el tiempo no hubiese pasado. Lisa agitó las pestañas al mirarlo.

—¿Recuerdas las mañanas que pasábamos aquí?

Ezra asintió, pero no dijo nada antes de beberse su café.

—Siempre me hacías llegar tarde a la universidad —siguió—. Fue bonito.

—Sí que lo fue —dijo él—. Yo no reniego de lo que tuvimos.

—Pues parece que lo hagas.

—No es cierto. Nunca olvidaré nuestra historia, Lisa, pero fue un punto y aparte, con su final, no un punto y seguido. No podemos tenerlo todo.

—Suena triste si lo dices así.

—Solo intento ser realista.

Lisa lo miró pensativa un rato mientras removía su café. Pasaron el resto del día juntos, recorriendo los lugares que solían frecuentar, el camino que hacían hasta la universidad, la esquina exacta dentro del campus en la que ella acostumbraba a esperarlo al salir y recibirlo con un beso, el local de pizzas al que acudían muchos sábados por la noche cuando aún eran estudiantes y ciertas zonas concretas que conocían bien.

—Todo cambió después, ¿verdad? —preguntó ella de repente.

Ezra tardó unos segundos en asentir con mla cabeza.

—Cuando nos casamos... creo —dijo—. Supongo que antes, al ser jóvenes, teníamos menos preocupaciones en la cabeza, se acercaba más a la vida que yo buscaba.

Se acercaron a Central Park y pasearon entre los caminos llenos de hojas que habían caído de los árboles. Ella se mordió el labio.

—Podría intentar cambiar... —dejó caer, ante lo que Ezra suspiró profundamente—. Pero eso no servirá de nada, ¿me equivoco?

—No. Y no quiero que cambies por mí, Lisa. —Se paró delante de ella y en ese instante no existió nada más alrededor de ellos que no fuesen sus ojos fijos en el otro—. Eres maravillosa y algún día encontrarás a alguien que te quiera así, como eres. El único problema es que esa persona no soy yo. Siento mucho que lo nuestro no funcionase.

Lisa tenía los ojos llenos de lágrimas cuando se puso lentamente de puntillas, le pasó una mano por el cuello y rozó sus labios con suavidad. Ezra se quedó paralizado inundado por los recuerdos y, más tarde, aliviado al darse cuenta de que aquello solo era un beso de despedida. Al apartarse de él, vio en su mirada que, por fin, había aceptado su destino.

Lisa se enjugó una lágrima con el puño de la mano intentando disimular antes de seguir caminando a su lado. Pasados unos minutos en silencio, le miró de reojo.

—Debe de ser una chica muy especial... —dijo.

Ezra se sorprendió, mas luego volvió a serenarse.

—Me saca de mis casillas; es muy orgullosa y testaruda.

—Es decir, que es como tú. —Lisa sonrió de verdad.

—Ahora que lo pienso... sí —admitió—. Pero cuando no estamos enzarzados en alguna batalla campal, con ella me siento... bien. Me siento yo, a secas.

Lisa lo miró seria y asintió con la cabeza.

—Te concederé el divorcio. No habrá más trabas.

—Gracias —le dijo—. Y en cuanto a nosotros...

—Seguimos siendo amigos, ¿no? Por y para siempre —le sonrió y le dio un apretón en la mano antes de soltársela—. Ahora, vete. No deberías hacerla esperar más tiempo.

Ezra le hizo caso.

Tras dejarlo todo a punto con su abogado dándole instrucciones de lo que tenía que hacer en relación a su divorcio, visitó a sus padres sin detenerse demasiado y prometiéndoles que en unos meses se verían en la casa familiar durante las vacaciones. Después, puso rumbo a aquel pueblo aislado y perdido entre bosques y ríos y, mientras conducía hacia él, se dio cuenta de que ya hacía tiempo que había empezado a considerarlo su hogar. Volvía a sentirse unido a algo. Y a alguien.

La conversación que había mantenido con Amber la noche pasada solo había servido para reforzar lo que ya sabía: se había enamorado de ella, incluso cuando a esas alturas él había dado por hecho que no volvía a caer en algo así ni a dejarse ver por otra persona. Casi sin darse cuenta, puede que, entre sus discusiones y sus besos inesperados, ella se había colado en su corazón y ya no podía sacarla de ahí de ninguna manera.

Llegó a Sound River por la noche.

No había nadie en las calles oscuras porque apenas había luna. Él subió a su apartamento con el pulso agitado por las ganas que tenía de tocarla y de empezar, por fin, desde cero, sin sombras del pasado que los cubriesen.

Llamó a su puerta con los nudillos.

Cuando Amber abrió, él no se fijó en nada antes de estrecharla contra su cuerpo en un abrazo devastador y lleno de anhelo. Le susurró al oído lo mucho que la había echado de menos mientras cerraba la puerta tras él y después pudo al fin mirarla. Entonces notó las ojeras y la mirada triste que ya casi estaba desapareciendo de sus ojos.

—¿Qué te ocurre, Amber? ¿Estás bien?

—Sí. Ahora sí, ahora todo está bien...

Ezra le cogió el rostro entre sus manos.

—¿Pensabas que no volvería? ¿Es eso?

—No podía evitarlo... —admitió.

Él la miró comprensivo y la tomó de la mano al ir hacia el dormitorio.

—A partir de ahora, necesito que confíes en mí, ¿de acuerdo?

—Quiero hacerlo. Estos días han sido horribles.

Ezra no aguantó más y la besó como si necesitase sentir su aliento de nuevo entre sus labios. Su pecho vibró de impaciencia cuando Amber gimió en su boca. Le quitó la ropa con

movimientos bruscos y después se arrodilló delante de ella, intentando que entendiese así que ya era suyo, y le separó las piernas con delicadeza antes de hundir la lengua en ella y besarla ahí arrancándole un jadeo de placer. Amber enredó las manos en su pelo, sujetándose a él cuando empezaron a temblarle las piernas por culpa del tormento de esos labios que tanto había echado de menos durante los últimos días. Terminó con un gemido que la dejó sin aire. Él se levantó y la miró.

—Podría saborearte toda la vida —dijo.

—Bésame —le pidió en un susurro ahogado.

Él obedeció y sus labios se unieron ávidos y llenos de deseo mientras la tumbaba en la cama. Se colocó sobre ella y la penetró lentamente, como si quisiese que el momento durase lo máximo posible sin dejar de mirarla a los ojos en medio de la oscuridad. Él apretó los dientes cuando estuvo completamente dentro de ella y luego empezó a moverse sin descanso, reclamando su cuerpo y su corazón, haciéndola suya con cada embestida como si necesitase cerciorarse de que así era. Cuando se corrió con su boca sobre la suya y compartiendo el mismo aliento, las palabras se le escaparon.

—Te quiero, fierecilla.

—Yo también, Ezra.

Él se dio la vuelta en la cama llevándola consigo y sin dejar de abrazarla por la cintura. La retuvo con firmeza contra su pecho y la miró divertido.

—Tú también, ¿qué? Quiero oírtelo decir.

—Yo también te quiero. —Se sonrojó al decirlo—. Aunque eres insoportable.

Ezra se rió a carcajadas. Después se quedaron un rato más callados, disfrutando de la compañía del otro, hasta que ella volvió a notar las dudas y suspiró.

—Entonces, ¿no ocurrió nada con ella?

—¿Qué insinúas? —Ezra la miró enfadado.

—No lo sé. No puedo evitar estar celosa. No sé lo que me pasa.

Lo que le pasaba era que por fin se había enamorado y no estaba acostumbrada a sentir todo aquello, como si los sentimientos la devorasen. Ezra la miró comprensivo.

—Puedes estar tranquila.

—¿De verdad?

—Sí. Solo... —Se calló de repente—. Nada.

—No, dímelo —exigió nerviosa.

—Hubo un beso. —Amber se levantó como un resorte y él cerró los ojos con fuerza, molesto por haber tenido que decírselo. No había tenido ningún tipo de importancia para él, nada más que una anécdota, una despedida. Si se hubiese alargado más de un segundo, se habría apartado, pero ni siquiera le dio tiempo a hacerlo. La miró suplicante—. No fue nada. Tan solo lo hizo para despedirse. No fue... como estás pensando.

—¡No me lo puedo creer!

Amber empezó a vestirse, furiosa e intentando no llorar.

—Necesito que me escuches.

—¡No! ¡Sabía que pasaba algo, lo sabía! —gritó—. Lo supe en cuanto hablamos por teléfono por la noche y me colgaste casi de repente. Estabas con ella, ¿verdad?

Ezra sacudió la cabeza, pero luego ató cabos.

—Estaba solo, en el hotel —dijo, se levantó de la cama y la abrazó a pesar de sus codazos y de que ella intentaba zafarse de él a toda costa. Sabía que, si la soltaba, la perdería. La retuvo junto a su pecho unos segundos— Amber, el beso duró menos de un segundo y fue casi como una despedida. Tienes que creerme. Si quisiera estar con ella, no habría vuelto, ¿por qué iba a hacerlo? Tengo dinero hasta aburrirme. Si estoy aquí, contigo, es porque realmente lo deseo. — Amber dejó de forcejear tan fuerte, pero él no se fiaba lo suficiente como para aflojar el abrazo. Le susurró al oído al seguir hablando, ahora con la voz entrecortada—. Y sobre la conversación que tuvimos la otra noche... Es cierto, tienes razón, me pasaba algo. Supongo que empiezas a conocerme bien. Me pasaba que, de repente, cuando me dijiste que te había bajado la regla, me entristecí. Me pasaba que me costó encajar esa idea, pero en ese momento deseé que no fuese así, aunque no me había parado ni a pensarlo, pero me di cuenta de que me gustaba la idea de formar una familia contigo. Me pasaba que me asusté al entenderlo y sabía que tú te sentías aliviada y no quería fastidiarte el momento...

Al fin, cuando notó que ella dejaba de luchar, dejó que diese un paso hacia atrás. Amber lo miró parpadeando, con lágrimas en los ojos.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Muy en serio. Quiero todo eso contigo.

—Yo también —dijo en voz baja.

—Iremos paso a paso, ¿de acuerdo?

Amber asintió con la cabeza. Después, cuando vio la verdad que escondían sus ojos, saltó sobre él y lo abrazó con tanta fuerza que Ezra se echó a reír.

—Eso es solo el principio —le dijo sonriente.

## EPÍLOGO

Como todos los días, Ezra cerró el taller mecánico poco después de que Logan se marchase y se encaminó hacia el supermercado con paso tranquilo. Cogió una cesta y compró verduras y un poco de pollo para hacer el plato preferido de Amber. Cuando terminó, pagó y se dirigió hacia el apartamento que los dos habían alquilado el mes anterior. Era más grande y estaba lleno de luz. La cocina era espaciosa y perfecta para pasar allí las noches hablando, riendo y probando nuevas recetas.

Desde hacía un mes, además, Ezra era un hombre soltero. Aunque al paso que iban él y Amber no sería por mucho tiempo... Jamás en toda su vida hubiese creído que volvería a desear la idea de casarse con alguien, después de tantas decepciones y dolor, pero cada vez que miraba a la chica que dormía diariamente a su lado en la cama, le entraban ganas de sacarla a rastras de allí, cargarla sobre su hombro como un cavernícola y llevársela a la iglesia más cercana para poder gritar a los cuatro vientos que esa mujer era suya y que esperaba que lo fuese para siempre.

Al llegar a su casa media hora después, se dio cuenta de que ella todavía no estaba, pero recordó que le había dicho que iba a pasar la tarde con sus amigas de compras en el pueblo vecino, así que sacó los ingredientes, se puso música en la radio y empezó a cocinar. Comparado con las numerosas actividades que realizaba en su otra vida, aquel era un momento de lo más rutinario y simple, pero Ezra nunca había sido tan feliz como entonces.

Su corazón se agitó en respuesta cuando escuchó el cerrojo de la puerta.

Amber entró en la cocina cargada con bolsas que dejó en el suelo soltándolas de golpe. Sorprendiéndolo, se lanzó sobre él como siempre hacía, a lo loco y sin control. Si no hubiese sido un tipo alto y en forma, puede que cualquier día lo hubiese lanzado al suelo con uno de sus abrazos entusiastas. La miró divertido.

—¿Qué ocurre? ¿Has encontrado alguna ganga, por eso estás tan feliz?

—¡No seas tonto! —Ella le rodeó las caderas con las piernas y sonrió.

—Entonces debería empezar a asustarme.

—Puede que sí, porque vas a tener que ser muy paciente a partir de ahora.

—¿Paciente? —Alzó una ceja, confundido.

—Y menos gruñón, desde luego —añadió.

—No, a menos que me digas qué pasa.

—Estoy embarazada —confesó al fin.

Ezra se quedó paralizado durante unos segundos, sin reaccionar, hasta que algo pareció explotar en su pecho, una sensación cálida y embriagadora, y correspondió el abrazo con fuerza, justo antes de apartarse de repente como si pensase que pudiese hacerle daño al bebé. Le miró la barriga y ella se rió sonoramente la darse cuenta.

—No me voy a romper —le dijo.

—Eso espero, porque quiero un equipo de fútbol... —bromeó.

—Me temo que mi límite está en dos. Tendrás que buscarte una tercera mujer para eso.

Ella se echó a reír cuando él la alzó en volandas y la estrechó contra su pecho para darle un beso largo sellando la emoción vibrante de aquel momento.

—Pensaba que no podría ser más feliz... —le dijo.

—¿Y te equivocabas? —le preguntó divertida.

—Por cómo me late el corazón ahora mismo, sí, estaba muy equivocado —reconoció sonriente y luego la dejó en el suelo antes de acariciarle la barriga despacio y con suavidad. Ezra siempre había deseado ser padre. Le dio un beso en la comisura de la boca antes de hablar—. Voy a dártelo todo, fierecilla. Voy a pasarme toda la vida intentando hacerte la mitad de feliz de lo que tú me haces a mí —susurró sobre sus labios entreabiertos, llevándose su respiración—. Y la distancia entre dos besos será lo más separado que vaya a estar nunca de ti —añadió antes de devorarla mientras ella sonreía.

**FIN.**

## Ya a la venta...

### “La promesa de un beso”

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?



## Próximamente...

### “Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?

